

LA NARRATIVA de LOS PRESOS POLITICOS

Primera recopilación

colección
ESCRITOS DE LA CARCEL
volumen 3



2078161

LA NARRATIVA
de
LOS PRESOS POLITICOS

Primera recopilación

volumen 3

*colección ESCRITOS DE LA CARCEL
comprende todas las formas de expresión escrita
creadas por los presos políticos durante su reclusión*

*Ilustraciones: anónimas, diseños para repujado en cuero
Ilustración de Carátula: dibujo original de Rodolfo Rojas
tinta china
Penal de Libertad
Diagramación: Charles Serralta*

Escritos de la Cárcel - Vol. III - LA NARRATIVA DE LOS PRESOS POLÍTICOS

Primera recopilación

*Se terminó de imprimir en el mes de Agosto de 1988 en Impresos NOAS - Ituzaingó 1514
Comisión del Papel - Edición impresa al amparo del Art. 79. Ley 13.349 - D.L. 225.443*

Derechos Reservados: C.I.C. - Centro de Integración Cultural.

El Centro de Integración Cultural (CIC) agradece a todas aquellas instituciones y personas, que con su aporte solidario han hecho posible esta publicación.

Comprometidos a continuar con nuestra tarea esperamos seguir con vuestra participación e invitamos a sumarse al trabajo a todos los que, sinceramente, se interesen en ello.

El C.I.C. - CENTRO DE INTEGRACION CULTURAL - fue creado en el año 1985 por ex prisioneros políticos provenientes de diferentes organizaciones y partidos.

Su función: *integrar todas las formas de expresión cultural (arte, comunicación, relaciones humanas) desarrolladas durante la Dictadura Militar en nuestro país.*

Sus metas y sus objetivos: *recopilación y reconstrucción de toda la producción cultural creada en las prisiones políticas -investigación y difusión de la misma- integración del fenómeno de la cultura nacional.*

Su finalidad: *enriquecimiento del patrimonio cultural nacional y de las relaciones culturales entre los pueblos, en favor del desarrollo y la paz mundial; así como de la defensa permanente de los Derechos Humanos.*

Presentación

Años más, años menos de un encarcelamiento en el que la crueldad llegó a extremos de vesanía culminada en muchos casos con la muerte, los narradores que figuran en esta recopilación son una muestra más de la resistencia que desde distintas trincheras opuso el pueblo uruguayo a la dictadura. Independientemente de valores literarios, que los hay, y la variedad temática, las narraciones constituyen en conjunto, y desde un ángulo muy particular, un aporte para el juicio histórico del período más negro, más irracional de la existencia de nuestro país.

Tengamos en cuenta que los relatos fueron escritos dentro del penal, entre las cuatro paredes de las celdas, vale decir, en otra suerte de clandestinidad. Ya no era el cuerpo el obligado a ocultarse y esquivar la persecución, rejas afuera, sino que lo que estaba en juego era la labor de la mente y el corazón, rejas adentro, porque los papeles podían ser requisados y destruidos, como lo fue en más de una ocasión.

¿Por qué estos papeles -felizmente salvados del fuego- representan una forma de la resistencia? Por la sencilla razón de que al consagrarse a redactar estos relatos sus autores afirmaban su identidad -tan amenazada y golpeada-, ejercían y ensanchaban el muy estrecho margen de libertad que les quedaba en el cautiverio. Y fuere cual fuere el destino ulterior de sus escritos se albergaba en ellos la aspiración -consciente o no- de comunicarse con los suyos, el pueblo uruguayo y el mundo. Así ocurrió con la poesía escapada de los muros de la prisión. Tengo a la vista un ejemplar de “Po-

emas desde la cárcel” que los uruguayos publicamos en Cuba y que me tocó prologar.

Formulo esas consideraciones porque sería menguado y torpe decir que los presos escribían para matar el tiempo, por más que por añadidura, también así lo mataban, de loable manera. Es de celebrar que hoy esas producciones lleguen a las manos del pueblo.

Paralelamente, tales relatos, en atención a lo expuesto y, desde luego, en atención a sus valores -aunque desiguales- se erigen en testimonios válidos de lo que pasó, en una arista peculiar, dentro de la prisión. Algún texto, como veremos más adelante, denuncia directamente el siniestro régimen carcelario, pero todos expresan sentimientos humanos: amor, ternura, compañerismo, añoranzas, esperanza. Y son evidentemente prendas del estilo de vida, facetas del comportamiento de los presos políticos en las durísimas condiciones en que se hallaban.

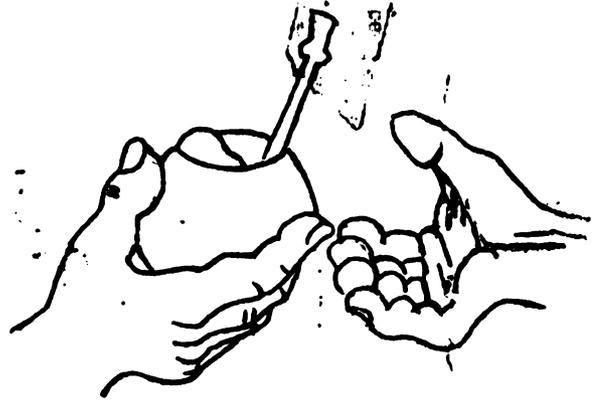
El cuento **LO QUE QUEDA** de Alfredo Alzugarat es una bella, tierna alusión a la libertad cuando dos niños sueltan un pichón de pájaro y lo que queda de él al salir volando es su calorcito en las manos. La consustanciación del hombre con su instrumento de trabajo tiene en **EL VIAJANTE** de Jorge Bralich, pese a su brevedad, una buena realización. Lo mismo cabe decir de su cuento **EL ASTRONOMO**, modelo de dedicación de un científico a su vocación y a su deber. Hay en **EL RIFLE** de Carlos Fernández Rapetti, un suscito y sentido apunte sobre el respeto y el amor que merecen los animales. En su relato **JUGANDO**, Marcelo Estefanell, con humor, con un cierre perfecto y sorpresivo purga las influencias sobre la niñez del seudo folclor made in USA mediante una mesa de futbolito. Si bien falto de síntesis y acudiendo a recursos manidos Elbio Ferrario en su narración **EL SUR** se mete de lleno en la denuncia de la explotación indígena y la lucha de clases. Valga la buena intención. Por su parte, Angel González, en tan sólo cuatro páginas, bien escritas, nos ofrece una imagen alucinante de la resistencia invencible de un preso atrocemente torturado a lo largo del tiempo.

Ya se va viendo la diversidad de temas. En estos cuentos y los que siguen el lector apreciará un grado de cultura general nada desdeñable. En ese sentido cabe señalar la fina prosa poética de Daniel Scasso en MIRADA-CRUZ-ESPIRALES, que versa sobre la obra y la personalidad de uno de los más grandes pintores que ha dado la humanidad: Van Gogh. Iris Sclavo, autor de la pieza PRIMER PREMIO maneja bien el lenguaje, logra una atmósfera con un toque de misterio. El relato lleva un ritmo ascendente, que cierto abuso en la descripción de resortes técnicos relativos a la fotografía, frena un tanto. El remate es un punto alto de este cuento. En EL PUERTITO Carlos Alberto Tutzó describe la zona del puerto del Buceo y conduce a unos niños a un encuentro macabro que les marcará de algún modo la adolescencia.

En esta muestra resaltan forzosamente dos autores con obra y con oficio: Hiber Conteris y Miguel Angel Olivera, quienes, por lo demás, emplean un espacio considerablemente mayor que el de los otros. Conteris, con MANHATTAN TANGO realiza una especie de simbiosis del tango y el jazz mediante un extraordinario conocimiento de ambos géneros. Al mismo tiempo la historia de amor y la aventura musical de que se vale imbrican, amalgaman las ciudades de Nueva York y Buenos Aires, sin que ninguna pierda sus perfiles. Se trata de una empresa mayor en el plano cultural que Conteris resuelve con su reconocida maestría literaria. Miguel Angel Olivera, en el otro extremo con TROFEO “ESTADIO CENTENARIO” nos brinda un cuadro descarnado, sarcástico de la hipocresía y el modo de vida de ciertas familias de clase media. Utiliza fluidamente el habla corriente rioplatense, salpicada aquí y allá de términos lunfardos de patente eficacia. Es el suyo un trabajo que revela personalidad, ganas de contar y en el que las “malas palabras” están lejos de hacerle mal a la literatura.

La convicción de que los introitos extensos con frecuencia son pasados por alto me exime de proseguir el discurso.

Alfredo Gravina



LO QUE QUEDA

Alfredo Alzugarat

*autor nacido en montevideo el 27 de abril de 1952
prisión: 17 de diciembre de 1974 - 10 de marzo de 1985
relato escrito en el penal de "libertad" en febrero de 1980*

Temblaba cálidamente en el hueco de sus manos. Tenía los ojos del tamaño de la cabeza de una tachuela y las plumas blandas y sedosas. Martín entreabría sus manos y lo miraba apenas. Estaba sentado en el cordón de la vereda a la hora en que las sombras eran largas y la gente salía a las calles en tropel a desquitarse de la jornada tan calurosa. La gente pasaba a sus espaldas y llevaban niños del brazo y charlaban y discutían, pero él nada veía ni nada quería saber. Sus ojos brillaban y él sonreía. El pajarito sacudió las diminutas alas y se agitó restregándose contra sus dedos rústicos y gruesos. Sentía aquel calorcito que subía de la palma de sus manos hacia el amplio pecho. Nunca había sentido algo más cálido.

Martín caminaba a grandes zancadas, moviendo sus largos brazos, cuando Dina lo llamó. El cabello de la niña era tan dorado que a él le pareció que un sol asomaba tras su cabeza. Dina agitaba su mano y le sonreía, llamándolo. Cuando Martín se acercó, la niña alzó los ojos. Martín era de su misma edad pero alto, muy alto. Ella sólo le llegaba a la cintura. Martín se acuclilló hasta poder mirarle a los ojos, tímidamente.

- Hola Martín... no querés venir conmigo? Tengo una sorpresa para vos.

Martín miraba el óvalo de aquellos ojos, tan celestes.

- Vamos, vení, acompañame.

Lo tomó de una mano y él se levantó y comenzó a caminar a su lado. La niña avanzaba a pasitos cortos, mordiéndose los labios, pero no tenía miedo. Su padre le había dicho que Martín no era idiota. Que había que quererlo, nada más. Por eso ella ahora caminaba despacito a su lado tomándole una mano y de vez en cuando le sonreía. No se veía a nadie en las cercanías y el camino se hizo de tierra. Ella hablaba de las uvas maduras del parral de su casa, de la canasta donde dormían los cinco gatitos de angora, y del señor Renato que vivía tres cuadras más allá y tenía la nariz redonda como el dedo gordo de un pie y nunca la saludaba. Parloteaba y parloteaba, hasta que entre los arbustos linderos surgió un horcón. La niña se detuvo. Había un nido de hornero sobre el horcón y ella miró a Martín. El siempre estaba mirándole a los ojos. Tironeó de la manga de su saco y se acercaron al nido.

Todo estaba quieto, no había ni la más leve brisa. Hasta que los horneros comenzaron a chillar y a revolotear, asustados. Dina metió su mano en el hueco del nido de barro y la dejó allí un instante.

- Vení. Sentí qué calorcito más precioso.

Martín fue, y lenta, muy lentamente, introdujo su mano en aquel hueco. Sintió un vapor tibio y seco que fue trepando hasta su amplio pecho. Dina lo vio sonreír por primera vez. Su padre antes de morir le había dicho que bastaría que ella hiciera cosas muy sencillas para que él volviera a su lado.

Martín vaga por las calles siguiendo a los carritos de los bichicomes. Los sigue por los caminos de tierra, por los basurales de los alrededores, por los hondos zanjones que conducen hasta el cantegril. Mientras anda, mira hacia todas partes pero nada ve. Pasa frente a la iglesia y se persigna sin saber porqué. Las viejas que le besan la mano al cura pasan a su lado sin verlo. Se dirige calle abajo hacia la salida del liceo. Le gustaba ver a los adolescentes, con sus sacos y pantalones desacomodados y sus corbatas mal anudadas, los primeros cigarrillos y los cuadernos bajo el brazo. Pero

ya no los ve. Ellos lo rodean con gran alboroto.

- Pateá la columna, Martín! Te queremos ver!

- Dale, Martín, pateala. Como vos sabés!

El los mira pero sus ojos nada dicen. No siente ganas. Otras veces era su diversión favorita y ponía todos los músculos en tensión y descargaba una descomunal patada contra la columna del alumbrado, con la suela de su zapato. Martín no recordaba ya cuando fue la primera vez que le insistieron que lo hiciera, pero desde entonces le gustó. Le demostraba ser más fuerte que cualquiera. Sentía orgullo al ver todos los ojos posados en él. Creía ver que la columna se movía bajo el impacto de sus golpes. Cuatro, cinco, seis patadas, y la cara le quedaba roja y el pie le ardía y los muchachos reían y chillaban festejando.

- Pateala Martín! Dale! qué estás esperando?

Pero no. Hoy no tenía ganas. Se sentía otro. Parecía no ver nada. Se alejó caminando muy despacio. A lo lejos, el sol apenas asomaba sobre unos grandes árboles. Martín entreabrió su boca y musitó:

- Dina, Dina, Dina...

Casi todas las mañanas iban hasta el horcón y ella le enseñaba el nido de los horneros.

Aquella tarde, como de costumbre, Dina iba a visitar a alguna de sus amigas. Caminaba tranquila, rápidamente. Ella no sabía nada de la banda del liceo ni del juego para principiantes en química que tenía Agustín ni de los otros cuatro o cinco que lo secundaban. Tampoco sabía que era la hora de la finalización de las clases en el liceo. Sólo veía al sol que estaba muy alto.

Los muchachos rodearon una vez más a Martín.

- Hoy tenés ganas de patear, Martín?

- Dale! Queremos verte.

Martín fue hacia la columna y se aprontó.

- No, la columna otra vez no.

- Ya nos tenés aburridos con tus tontas patadas a la columna.

- Mirá! ¿Sabés lo que es ésto? - le preguntó Agustín, enseñándole un pequeño frasquito de vidrio.

Martín miraba intrigado. Quiso tomar el frasco.

- No! Esperá... es muy peligroso. No te conviene.

- En serio. Podría volar todo alrededor...

Martín estiró otra vez su mano hacia aquel frasquito, más intrigado aún.

- Escuchá... si ponemos lo que hay aquí dentro debajo de una baldosa, te animás a patearla?

Martín dudó al principio. Luego sonrió complacido. Era su diversión favorita. Levantaron una baldosa floja de la acera y Agustín vertió el contenido del frasquito bajo ella. Martín puso los músculos en tensión y la pateó violentamente con el taco de su viejo zapato. Sintió un ardor intenso y lacerante que perforaba su piel, rajándola. Los trozos de la baldosa se elevaron a gran altura tras la sorda explosión y Martín se quedó contemplando el enorme agujero que había donde antes era la suela de su zapato. Se oían ruidosas carcajadas. En el aire flotaba un espeso olor a pólvora.

Dina caminaba tranquilamente, cuando un grueso guijarro se estrelló en su frente. Sintió la carne mordida y un dolor que la atravesaba.

Martín quería morir. Caminó sin rumbo por las calles vacías, con su zapato hecho pedazos y sus largos brazos que se sacudían frenéticamente. Dina, Dina, Dina. Era un ardiente verano. El sol caía a plomo y el asfalto estaba caliente. Desembocó en un camino de tierra con sus brazos como aspas de molino. Se sintió cansado y se sentó apoyando su es-

palda en el grueso tronco de un olivo y cerró sus ojos. Dina, Dina. Cuando los abrió divisó a su frente muchos pequeños arbustos, un viejo horcón y un nido de horneros. Todo estaba quieto, no había ni la más leve brisa. El macho revoloteaba por los alrededores y la hembra sostenía un largo gusano en su pico. Del interior del nido, se escuchaban píos breves y alborozados. Martín observaba petrificado. El zapato en jirones colgaba de su pie. Dina, Dina, Dina... Quedó allí toda la tarde. Cuando el sol declinaba volvió a las calles que frecuentaba y se sentó en el cordón de una vereda. Era la esquina donde Dina lo había llamado por primera vez. Lloraba.

La sombra de Dina era muy larga y ella tenía un parche en la frente. Cuando Martín levantó sus ojos para verla, ella sonrió y se sentó junto a él, en el cordón de la vereda. Acercó sus dos manos unidas hasta ponerlas bajo los ojos de él. Eran dos manos unidas imitando un cuenco. Martín miraba intrigado. Ella las fue abriendo despacio, muy despacio. Algo vivo, pequeño y sedoso, estaba en su interior. Martín observaba petrificado.

- Tomalo... Poné las dos manos.

Muy lentamente el pichoncito pasó de las manos de Dina a las de él. Martín sintió un temblor cálido, un suave calorito que ascendía desde la palma de sus manos. La gente pasaba a sus espaldas pero nadie lo miraba ni él quería ver a nadie. Sabía que algo estaba quebrándosele por dentro. Entreabría sus manos y miraba apenas. Nunca había sentido algo así. Sonreía, pero sus ojos estaban húmedos.

- Ahora tienes que soltarlo... Era para tenerlo un ratito nada más... -le dijo Dina muy suavemente. Martín parecía no entender.

- Hay que soltarlo... tiene que aprender a volar... -le insistió.

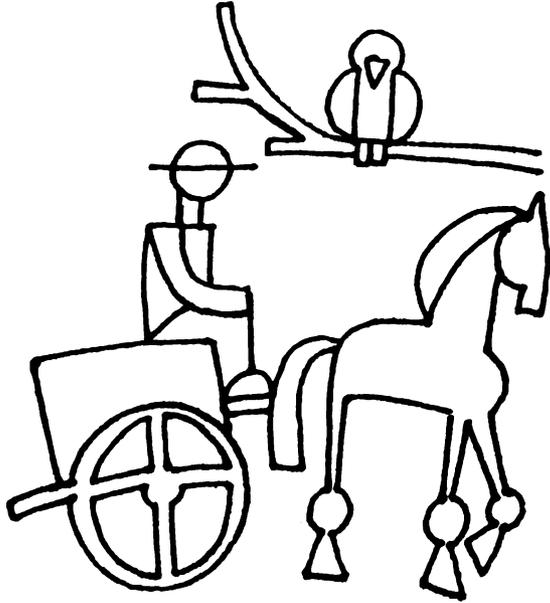
El sentía que algo se atragantaba en su garganta.

- Pero si es nuestro... -dijo.

- Lo nuestro es lo que queda -afirmó ella.

Martín abrió sus manos y el pichoncito agitó sus diminutas alas y voló un pequeño trecho. Cayó pesada y torpemente sobre la vereda y emprendió vuelo una vez más.

Martín alzó sus ojos y nuevamente creyó que el sol resplandecía en la cabellera dorada de la niña. Dina lo miró atentamente. Un poco más allá de Martín, ella creyó distinguir a su padre.



EL VIAJANTE EL ASTRONOMO

Jorge Bralich

autor nacido en montevideo el 19 de junio de 1934

prisión: marzo de 1973 - agosto de 1984

relatos escritos en el penal de "libertad" en 1980

EL VIAJANTE

Más que un vehículo, más que una herramienta de trabajo, aquella camioneta era para Julián parte de su ser. Se sentía tan integrado a ella que no lograba explicarse cómo había podido vivir antes de poseerla. Cuando en los días grises y fríos de invierno se encapsaba en la cabina metálica -allí dentro, sentado laxamente en el asiento que ajustaba anatómicamente a su cuerpo, ante las parpadeantes lucecitas de color del tablero de instrumentos, sintiendo el suave ronroneo del motor- Julián experimentaba una inefable sensación de plenitud y bienestar. Luego, cuando con pequeños movimientos de mínimo esfuerzo, aquel vehículo partía, incrementando paulatinamente su velocidad y devorando por fin kilómetros y kilómetros de camino, mientras el estéreo emitía suaves melodías- la sensación de plenitud se trocaba en algo distinto: en el Nirvana, en la Nada; un insensible transcurrir del tiempo, del espacio... de la vida, mientras confusamente se percibían tras los cristales imágenes de carteles anunciadores, de vehículos, de árboles y casas, que pasaban como en un film surrealista, mezclándose, superponiéndose, sin ningún sentido captable. Cierto es que a veces -para desgracia del viajante- las ruedas patinaban en el barro o las bujías fallaban y era preciso entonces salir de la cápsula, sumergirse en el inhóspito entorno, levantar el capot, empujar, maldecir... hasta que al fin se restablecía el orden, la normalidad. Volvía a introducirse en el útero metálico y dejaba el mundo fue-

ra. Nuevamente, en forma paulatina, volvían a surgir las extrañas y confusas imágenes de aquel mundo, sutilmente acompañadas por las melodías del cassette.

Mas la felicidad de Julián no era perenne. Su largo periplo de mundonauta estaba jalonado cada tanto por mojones inevitables que lo obligaban a detener el vehículo, a bajarse de él, a introducirse en uno de los tantos comercios que visitaba. Iba allí a ofrecer sus mercancías, a concretar ventas, a informar precios y plazos. En esos lapsos, roto momentáneamente el cordón umbilical, Julián procuraba aún un vínculo con su mundo: le hablaba a sus clientes de los kilómetros hechos, del consumo de aceite, de la fidelidad del audio, del sistema de calefacción hasta que culminada la entrevista, superado el esfuerzo, se despedía cortésmente y volvía a su claustro. Si habían surgido dificultades por la calidad o el precio de las mercaderías o por entregas retrasadas, necesitaba de algunos minutos para recuperarse. Mientras se calentaba el motor y corrían los primeros kilómetros, debía ir despegando poco a poco las capas de exterioridad que se habían adherido a su ser; necesitaba sacudirse uno a uno los problemas para que cayeran como frutas muy maduras, dejando el tronco limpio, la mente impoluta. Así, al cabo de un rato, la beatitud volvía y Julián renacía.

Durante los cálidos días de verano las vivencias del periplo eran casi las mismas salvo que la calefacción era sustituida por una fresca brisa, de aire puro, filtrado. En cambio eran siempre distintas -y más gratificantes- las últimas etapas de cada circuito, cuando anochecía. Las imágenes percibidas no eran ya las de un film surrealista, sino más bien las de un excitante film abstracto: fulguraciones blancas, destellantes, relámpagos rojizos, parpadeos amarillentos, en armonioso contrapunto con el tablero de instrumentos y el cok estereofónico, mientras la cinta asfáltica -siempre renovada y siempre la misma- era devorada kilómetro más kilómetro.

Más allá -tristemente- el viaje terminaba. Una casa pequeña en los límites de la ciudad, un sendero balastado que crepitaba suavemente bajo las ruedas del coche, las puertas de un garage que se abrían y -ya dentro- un último estertor, una vibración del motor que emitía su postrer suspiro, un enmudecimiento del audio... y una agobiante lucha de horas

y horas con el mundo externo, con saludos a contestar, comentarios que hacer, cuentas a verificar, pedidos que aprontar... y un sueño inquieto, apurado, lleno de imágenes terribles: clientes que reclaman, niños que lloran, mujeres que besan, vecinos que saludan.

Al amanecer, por fin; el anhelado reencuentro: comprobar el aceite, la presión de los neumáticos, limpiar el parabrisas, calentar el motor y otra vez la vida que recomienza, arrullada ahora por una melodía chispeante, optimista, adecuado fondo para las hermosas y ambiguas imágenes que volverán a sucederse, a superponerse en los cristales, con alocado ritmo, mientras la cinta asfáltica es nuevamente devorada kilómetro tras kilómetro.

EL ASTRONOMO

El astrónomo llegó al valle una mañana en un destartado camión de alquiler, con su pequeña nieta y pocas pertenencias: rústicos muebles, cajones con libros y aparatos, herramientas de huerta. Se instaló en una casita de piedra y de troncos -vieja, pero cuidada- y dedicó sus esfuerzos a cultivar un huerto que rodeaba la vivienda. La pensión que recibía como ex-jefe de investigaciones en el Laboratorio de Astrofísica le hubiese permitido vivir cómodamente en la ciudad al alcance de libros, conferencias y congresos, pero prefirió radicarse allí con la niña -huérfana de padre y madre- de quien se había hecho cargo hacía apenas dos años. El aislamiento intelectual en que se sumió -los toscos lugareños miraban con recelo sus instrumentos, se asombraban de su biblioteca- no solamente no pareció afectarlo, sino, por el contrario, haberlo estimulado. Era quizás la cercanía constante de la pequeña Stella, siempre alegre, conversadora y juguetona... durante el día.

Hoy, al atardecer, como otras veces, el astrónomo se recoge con su nieta apenas oculto el sol. Luego de la frugal cena, ambos se sientan junto a la estufa que entibia la sala, amueblada sencillamente con una gran mesa de pino, dos bancos y varios estantes en donde alinean gruesos volúmenes de astronomía, sexobiología, óptica, historia, astrología. De esos libros extrae el anciano las historias que su voz grave, eufónica, interpreta para la pequeña. Le habla de las inmen-

sidades silenciosas del espacio, de las miríadas de astros que lo pueblan, de las enanas blancas que -como ella- juegan en danzas sin fin, de las gigantes rojas que bostezan, perezosas a su lado, vigilando que los terribles agujeros negros no devoren a alguna de las pequeñas; le cuenta también de las estrellas dobles que giran eternamente en sus valses; también le habla de cuasars, de galaxias, de polvo sideral, de túneles ilimitados de espacio-tiempo. La niña -tan vivaz poco antes- ahora permanece callada, los ojos muy abiertos y una sonrisa extática en su rostro. Mientras la historia se va desgranando, lenta, cadenciosamente, de su faz surge un hálito de misterio y sus ojos comienzan a entornarse suavemente. El abuelo, entonces, la toma en sus brazos y semi-dormida la acuesta en su lecho y la arropa con ternura, en tanto, tras los ojos entornados de la niña comienzan a agitarse misteriosos duendes que harán una fecunda labor para el anciano astrónomo.

Abrigado con un grueso saco de paño, llevando un sillín plegable y el telescopio portátil, el viejo profesor deja la casa y tomando por un sendero que bordea el huerto, se dirige a la montaña a cuyo pie se recuesta la vivienda. El camino, siguiendo las curvas de nivel del terreno, serpentea entre un bosque espeso de árboles altos, arbustos y matas espinosas, poblado en la noche de graznidos, silbidos, susurros de hojas. El astrónomo sigue el oscuro sendero casi a ciegas hasta que largo rato después la vegetación se hace menos densa y acaba desapareciendo al pie de un escarpe pedregoso. El anciano se detiene un momento, seca su frente sudorosa por el esfuerzo y emprende el camino final que lo llevará hasta la angosta meseta que corona la elevación. Cuando llega, se percibe en él una transformación; sus ojos serenos cobran un nuevo brillo, su corazón late con ritmo distinto: no es el agitado golpeteo de la fatiga, sino el majestuoso doblar de la emoción intensa. Luego de unos instantes de calma contemplación de la noche, monta el telescopio, abre su sillín y da comienzo al ritual.

El espacio se presenta entonces ordenadamente, respetando las eternas leyes del cosmos; desfilan la Luna, Mercurio, Venus y Marte, el cortejo de asteroides, los gigantes Júpiter y Saturno, los lejanos hijos del Sol: Urano, Neptuno y Plutón, luego las destellantes amigas: Alfa Centauro, Sirio, las lejanas galaxias...

De pronto, ese ordenado espectáculo se va transformando en un alocado circo: las galaxias espirales se enrollan y desenrollan como fuegos de artificio, el gigante Júpiter provoca rítmicas burbujas en su blanda superficie, los cráteres de la Luna intercambian sus lugares, se agrandan, se encogen; Saturno entra y sale de sus anillos como en un juego de baloncesto, los asteroides abandonan su ruta y se corretean jugando a la mancha... El extraño y desenfrenado espectáculo se prolonga por largo tiempo, mientras los ojos de la niña siguen entornados y los duendes continúan su trabajo. El astrónomo, detrás de su telescopio, sonríe con sonrisa gozosa y cómplice porque sólo él entre todos los astrónomos del Universo puede disfrutar de esta repentina libertad de los espacios, de estas vacaciones insólitas que se toman los astros, hastiados de la monotonía de su eterno andar.

Lentamente, como con pena, los cielos comienzan a ordenarse nuevamente: los planetas retornan a sus órbitas, las galaxias a sus confines, Saturno se aquieta en sus anillos, Júpiter deja de hacer pompas. Cuando el sabio percibe que el ritual ha terminado, desmonta el telescopio, coge su sillín y con reconfortado espíritu retorna al valle. Cuando llega, entra silenciosamente en su casa, se acerca al lecho de su nieta y le dirige con ternura una agradecida sonrisa mientras la niña -abandonada de sus duendes- ahora sí duerme profundamente.



MANHATTAN TANGO

Hiber Conteris

autor nacido en paysandú en 1933

prisión: diciembre de 1976 - agosto de 1984

relato escrito en el penal de "libertad" en marzo de 1982

A

hora que lo pienso, sé que ella fue muchas cosas en mi vida, por lo menos quiso ser muchas cosas y tal vez lo haya sido. Pero, no sé, pienso también que esencialmente todos sus buenos propósitos y esfuerzos, sus desvelos, preocupaciones y hasta seudo-sacrificios fueron un fracaso, como fracaso fue nuestro intento de hacer algo juntos, construir una pareja, forjar planes y esbozar un futuro, como suele decirse.

le decirse.

Sin embargo, cuanto más pienso en eso, llego a la conclusión, pese a todo, que no puedo guardarle rencor, ni culparla, ni hacerla responsable de lo que fue, me guste o no reconocerlo, consecuencia de mi propia ofuscación, mi empecinamiento, mis ganas de largarme de allí y sacarme las ganas, eso que metafísicamente algunos llaman destino o predestinación, el virus destructor que uno lleva adentro, el salto irreversible y, en ese caso, para qué vamos a negarlo, también mi culpa, estigmas o inocencia.

Ahora estoy en el paralelo 42 de Washington Square, más o menos donde Dos Passos debió recibir la inspiración de su "Manhattan Transfer" y la sagrada trilogía, y no siento ninguna emoción especial, salvo esa melancolía vieja que viene del otoño y de la hora del crepúsculo, esta soledad casi sin ruidos de los chiquilines que se lanzan una pelota de béisbol de un lado al otro del Arco de Triunfo, y esa babel de rascacielos, antenas, cúpulas y espadañas, el descomunal

cenotafio de cristal y concreto que guarda mis espaldas al otro lado de la calle 14, mientras el encendido de los luminosos inicia su narcótico parpadeo en el espesor de la bruma nocturna que se instala en las esquinas y en los huecos del Village. En una hora así y probablemente en un estado de ánimo parecido Brubeck se sentó al piano y golpeó los compases de “Otoño en Washington Square”, qué rara coincidencia. Porque tuvo mucho que ver la seducción que comencé a sentir por esa música. Me parecía que la entrada del saxo de Desmond era exactamente aquello a lo que uno tenía que llegar después de haberle sacado toda su fábula y sus minuciosos secretos al bandoneón, al piano y la guitarra, una crónica que raspaba las paredes de los conventillos de Sur y de Almagro, las ochavas de San Telmo y los terraplenes de Pompeya, las dársenas del Riachuelo, los empedrados de la Boca y el orín macilento de los cafetines del Bajo. Llegó un día en que ese revoque no daba para más, vamos, aquí nada es eterno, ni siquiera la eternidad de la miseria ni la del adulterio; un día, quién sabe de dónde y cómo, apareció Piazzolla, y el dos por cuatro, el malevaje, las yiras a la antigua y los proxenetas con daga murieron epilépticamente y de repente, el fuelle sufrió ataques convulsivos y del tango se apoderó una taquicardia rítmica que reclamaba algo más, algo que era difícil saber qué, pero yo sospechaba se escondía en el otro hemisferio, esta parte del mundo donde aun reverberaban los sonidos del Minton’s y voces negras sepultadas en el profundo Nueva Orleans, las invenciones de Charlie Parker, Gillespie y Miles Davies, los saxos de Bechet, Rollins y Coltrane, los pianos de Monk, Bud Powell y Bill Evans, las trompetas que vinieron después del gran Armstrong “Satchmo”: Cootie Williams, Art Farmer, Charles Byrd.

Pero nunca tuve el valor de decir que me venía, a lo mejor porque yo mismo no estaba convencido de que iba a venir, que algún día arrancarían mis cosas abarrotadas en el placard del cuchitril que por entonces alquilábamos, sin atenernos demasiado puntualmente a las especificaciones del contrato, en los alrededores de Constitución, y que echando mano a mi parte del bordereaux de las últimas presentaciones con el trío en el sótano de “Ototango” sería capaz de comprarme un pasaje sin retorno y sin fecha, un pasaje que deslicé en un bolsillo y que dejé dormir allí, por lo menos dos

meses, sin decírselo, hasta que un día sucedió lo que tenía que suceder, eso fue todo, marqué una fecha y una hora, enfundé el bandoneón, hinché una valija y chisté un taxi que atravesaba San Juan y me dejó en Ezeiza... Era un crepúsculo parecido a éste, le había escrito una carta y pensaba sin demasiada pena que ya se las arreglaría de algún modo o de otro, que con el teatro y su barra de amigos ella me olvidaría y yo la olvidaría, sin contar su familia, por supuesto, y que no nos veríamos más, eso era todo.

No me pregunten cómo la conocí. Esas cosas ocurren de un modo impredecible y nunca hay un momento preciso, un comienzo o circunstancia excepcional. Quiero decir, por supuesto, entre esa clase de gente que se mueve más o menos en los mismos ambientes, y frecuenta los lugares forzosos, las cantinas de "Pipo" y los "Munich" a la hora del almuerzo y los boliches que alargan la noche hasta que el sueño cierra los párpados de la madrugada dos o tres horas después que terminaron las funciones o los ensayos de teatro y la "sesión a puertas cerradas" que hacíamos para los que de una manera u otra estaban en la cosa, los entusiastas o por lo menos meritoriamente atentos a esos rumbos todavía nada definidos por donde se abría paso el "otro tango", después de clausurado el local, Reconquista al 800, para los que quieran escribir la historia, aunque es seguro que a esta altura, como todas las cosas destinadas a abrirse y a cerrarse, a aparecer y desaparecer, ni el sótano ni la media luz, ni el humo ni el rumor de las voces, ni las feroces e improvisadas largadas en que se aventuraba el trío, han dejado residuos, ecos ni mucho menos pentagramas o brechas duraderas; no digo ya en las paredes desconchadas ni en la mohosa oscuridad del subsuelo, ni siquiera en el oído o la memoria de los pocos que vinieron después o no vinieron. Creo yo.

Yo la había visto muchas veces y ella me había devuelto la mirada. Quizás hubiese sido ella, pensándolo, la que provocara con frecuencia estadísticamente incierta ese mudo intercambio, pero al rato ella fingía como que miraba un poco más allá, no digo a un costado y a otro, por encima de mi hombro o hacia algún punto próximo, rasante, indefinido o simplemente ausente; no digo tampoco que quisiera rehuir o disimular ese primer contacto; sencillamente me mira-

ba pero sin parecer detenerse en mi algo escuálido esqueleto de entonces, ni en gesto o maniobra alguna que yo hiciese, y de pronto volteaba el rostro hacia otro lado, se llevaba el cigarrillo a la boca o inclinaba un trago de whisky o vino o el pocillo de café que ya no humeaba, y volvía a hundirse en el círculo de rostros repetidos que casi siempre se posesionaban de las mismas mesas, un par, a veces tres, una sólida barrera o un conciliábulo impenetrable, el grupo “Avant scène”, según decían, una sala que solía agotar las localidades y donde por entonces, vine a saber después, esayaban un texto de Genet con sus propios arreglos, ajustes, montaje, probablemente también sus propias taras y equivocaciones, la influencia de Grotowsky, decían, poco entendía yo de lo que pasaba en ese otro mundo colindante con el nuestro apenas en las traspasadas del café, y mucho menos podía haber pensado que el bandoneón ni lo que hacíamos nosotros con el tango tuviera algo que ver con ellos; ellos creían que sí, que nuestra música era precisamente lo que necesitaban para telurizar la extradicción de ese Genet detritico, y a lo mejor estaba allí el origen o la razón de sus primeras, curiosas más que indagatorias miradas de tanteo, pero yo las dejaba pasar entre el cansancio y el aburrimiento, las ganas de irme a dormir y la convicción de que nada imprevisto podría sucederme, y en el fondo tampoco lo esperaba, sospechaba o quería.

Cuando llegué aquí, para decir la verdad, no sabía bien lo que buscaba ni lo que podía hacer. Pero, en fin, estaba el antecedente de ese encuentro en la cumbre entre Piazzola y Mulligan, el “Gato” y su saxo improvisando cosas por algún lugar de la Costa Oeste, y aquí, en N.Y., había una media docena de expatriados que me habían precedido y que ya estaban intentando algo. El trío había funcionado bien con una guitarra eléctrica y un piano, pero yo sentía que había que agregarle algo más, ensancharlo, agrandar el espacio sonoro hasta llegar por lo menos al cuarteto o al ideal del quinteto, eliminar el piano, incluir un viento y completar con bajo y batería. Esa podría ser la formación base del “tanjazz”: un bandoneón, un cobre, una guitarra, una condensación o compromiso todavía no resuelto entre el 4 X 4 y el 4 X 8 y la aleación de síncopas, grissandos, portamentos y el olor de las inmensas plantaciones de algodón, allá en el Sur, que

germinaban en el misterio de las “notas blues” mezclado con el olor de hoy, con el color y el ruido del aquí-y-ahora, y con el gemido elástico y rumiante que el bandoneón y ningún instrumento clásico del jazz podía llevar al primer plano. Y con ese proyecto más o menos en mente comencé el deambular por los suburbios de una ciudad que mucho tenía que ver con Buenos Aires obviando algunas cosas; aquí había más gente; más negros, más dólares, y más miseria, esa miseria sórdida que acecha en los rincones de la noche y en el relumbro acrílico de los snacs, de los andenes del Underground y de los cines porno de la calle 42, para no hablar de la Amsterdam Avenue allá por donde cruzan las calles 120 ó 125 ni el guetto de Harlem detrás del Central Park, donde la isla de Manhattan comienza a hacerse más ancha, más lóbrega y terrible.

Bueno, un día, mejor dicho una noche, esa hora imprecisa en que las conversaciones languidecen y el río de oscuridad se vuelve turbio en el difuso horizonte donde confluyen Esmeralda, Suipacha, cualquiera de las rectas y solitarias charcas que vuelcan sobre la Avenida del Libertador, hacia el Este, un delegado del grupo “Avant scène” se arrimó a nuestra mesa y comenzó a hablarnos del proyecto, de lo que podía resultar si aunábamos esfuerzos, una experiencia realmente innovadora, nos introdujo al director, un tipo con talento, y luego dijo esta es Stella, Luque, Marina, Virgilio, nada que ver con Dante ni la Eneida aunque hace versos, no vayan a creer, los tres dijimos hola, se extendieron las mesas, fue como iniciarse en una cámara secreta, yo me senté al lado de Stella, nos miramos un rato, ella sonrió y dijo me parece que te conozco desde hace mucho tiempo, esas o palabras parecidas, era verdad, por lo menos en ese momento sentí que era verdad, no por nada veníamos cruzando mensajes silenciosos en la sordina de las madrugadas y sus ojos oscuros hablan descubierto y revelado muchas cosas. Y allí mismo quedó resuelto que sí, valía la pena probar, era cuestión de combinar nuestros respectivos horarios y compromisos, y el único espacio viable entre semana parecía abrirse recién a partir de las dos de la mañana, trabajábamos bastante bien en esa época, algunos de ellos encontraban que les iba a ser difícil presentarse al laburo al día siguiente pero acordamos bueno, qué le vamos a hacer, empezamos mañana, a eso de

las cinco decidimos evacuar el boliche, le pregunté a Stella para qué lado iba y me dijo depende; depende de qué, le pregunté; depende si estás solo y querés acostarte conmigo, respondió. Yo le dije que sí, que andaba en banda aunque no era del todo cierto, porque tenía una especie de calendario o rutina más o menos tres veces por semana, pero resultaba que esa noche no, la pieza estaba entera para mí, y le dije vamos, podemos caminar, no queda lejos, así de fácil, pero no porque ella fuese una simple putita o tan fácil o aquiescente como eso, o no tuviese un buen lugar donde dormir, sino porque en realidad ya éramos viejos conocidos e incluso una vez, sin que yo me acordase para nada, había trepado a un subte en Diagonal Norte dirección a Retiro, y ella estaba sola, me había visto subir y había pensado ojalá que se sienta a mi lado, pero yo ni siquiera advertí su presencia, cargaba el fuelle en una mano y estaba borracho de sueño, y en lugar de ocupar el sitio que ella notoriamente dejaba para mí me sentí momentáneamente feliz de no encontrarme con el magma humano normal del subterráneo y me dejé caer junto a una ventanilla abierta a contemplar el paisaje de ladrillos y hollín y respirar el venenoso smog y la humedad del laberinto de túneles porteños.

Tardamos bastante poco, yo diría nada en adaptarnos; al principio Stella me parecía distante y algo así como indiferente o saturada de toda conmoción, como si hubiese vivido ya innumerables situaciones como esa y no esperase ni quisiese esperar nada nuevo; con sus veintitrés años parecía haber hecho un largo recorrido; el amor era para ella una especie de rutina necesaria y crucial, y nos entregábamos cada noche con fruición y deseo, poniendo cada uno su cuota de imaginación y paciencia, una conciente voluntad de escapar al placer solitario y acceder al derrame final y generoso de ternura. Stella huía de sus padres, las quintas de Martínez, el tenis, el yachting y una nada remota (ella creía que sí) adolescencia en el St. Andrews, donde le había inyectado un buen inglés y un intento de vigorosa y victoriana pulcritud británica. Había encontrado el teatro y la libertad, pero hasta cuándo. Ni ella misma podía predecirlo. En el fondo, pensé entonces, Stella era un ser vulnerable, indefenso, angustiosamente desvalido; una de esas huérfanas a perpetuidad, por rebeldía u opción, que de manera más o menos conciente o inconciente se saben definitivamente prisione-

ras de la imagen paterna y el mundo de sus viejos. Estaba recorriendo una parábola con una curva predeterminada e inflexible, y más tarde o más temprano, como una esquirra errante en el vacío de su órbita vital, regresaría al punto de partida, a instalarse en una sólida y prefijada estructura ancestral. No es esto un juicio, por Dios, ni quiero dar la impresión de estar juzgándola o acusarla del más mínimo engaño o de hacer trampas. Después de todo nunca nos prometimos nada, aunque dimos los pasos necesarios y a corto plazo irreversibles.

Para mí no fue nada difícil poner fin al asunto de las dos o tres veces por semana, no porque Stella lo exigiera ni yo tuviese especial vocación por la monogamia o cualquier otra fórmula convencional de la pareja. Pero era evidente que las actuaciones en "Ototango", los ensayos con "Avantscène" hasta el clarear de la mañana y el epflogo ritual cada vez más espontáneo y decidido con Stella no podían dejar lugar para otra cosa. La relación cristalizó, diría Stendhal; podría hablarse de ese metejón recíproco como enamoramiento, aunque me hubiese gustado saber qué mierda significaba eso ni despojábamos a la rutina de esas noches de todo lo que tenía precisamente de rutina, de la inercia mecánica de los encuentros, las idas al café, ensayar, y vuelta al café, amarnos y dormir abrazados hasta media mañana, y después de sus invariables desapariciones entre el mediodía o algo después del mediodía y una hora avanzada de la noche, porque sus padres, después de todo no podría escaparse del todo de sus padres, y cuando nos encontrábamos yo ya había terminado la función y ella su parte en el ensayo y nos habíamos convertido así en dos seres noctívagos, un encuentro previsto cuando ya la madrugada remontaba los muros grises y sepulcrales de la ciudad insomne, pájaros de la noche, horas mezuquinas, aunque viviéramos casi juntos por entonces y ella dijera querer el cuartucho de Constitución y los almuerzos en "Pipo" o en cualquiera de los boliches del barrio, no cocinábamos jamás ni parecía preocuparnos el presente ni el futuro, y nos amábamos hasta caer exhaustos, y ella me escuchaba tocar hasta el cansancio, y a veces cantaba un tango con voz sujeta, ronca y tono de contralto, con un estilo personal y una expresión muy de ella y persuasiva, algo que no era ni Amelita Baltar ni la Tana Rinaldi pero tenía cosas de ambas, y yo le decía que está bien, muy bien así, y la alen-

taba, ya que era buena actriz por qué no probar también el tango, aprender música aunque algo ya sabía, había tocado el piano; no, jamás, me decía, es como si otra vez regresase al St. Andrews y me obligasen a comer con siete cubiertos y tres vinos, por favor, no jodás, querés, cantar para vos, aquí, entre nosotros sí, sí de vez en cuando, y si el papel lo exige en alguna presentación del grupo, okey, pero dejemos las cosas como están, cada uno a lo suyo, lo tuyo es el bando-neón, lo mío lo mío, reunirse en el café, trabajar teatro, hacer el amor, despertar y así hasta cuándo..

Fue cuando Buenos Aires empezó a resultarme chico y sofocante, o para ser franco y poner las cosas en su justo lugar, no es que B.A. me quedase apretado, eso es mucho decir, pero yo sentía que estaba jugando en el área chica, ese espacio revuelto y rodeado de un cinturón de hierro donde uno tenía que moverse obligatoriamente, patear y hacer un gol, si no quería caer en las trampas de los espacios de las LR o los sábados circulares de Mancera, alguna media hora mal paga y conformista en “Caño 14” o en “El Viejo Almacén”, los locales de moda en la Recoleta; “Michelángelo” pudo ser una posibilidad pero más bien inaccesible y la alternativa eran cosas como el “Maipo” o la calle Corrientes, lo último que podía pensar; de modo que si uno quería mantenerse más o menos incontaminado y no dejarse entrapar por el Gran Buenos Aires, el área grande, no había más porvenir ni futuro que en un cuartucho de Constitución y seguir haciendo lo que nosotros estábamos cada vez más convencidos que teníamos que hacer, pero cómo, con qué, vivir así era un asco, había miseria, renuncia y anonimato para rato, por más que Stella decía que no, no te dejes vencer vos estás haciendo lo tuyo, qué importa que unos pocos, parecían además cada vez menos, también nosotros, si lo pensás bien, llenamos la sala de viernes a domingo pero son 160 miserables butacas y hay cuatro o cinco millones nada más entre la Gral. Paz, la mugre del Riachuelo y el río, donde el país se acaba, pero por algo estamos experimentando, es el precio que siempre hay que pagar, tenía razón, quién iba a discutirse, pero en el fondo yo pensaba, claro, qué precio pagás vos, si esto no es más que un juego que tiene que resultarle entretenido por cuatro o cinco años, hasta que des el viraje inevitable, la eclíptica en la que estás irremediamente atrapada, gurisa, en el fondo, repito, vos y yo lo sabemos, hasta que

el yiro en el que te embarcaste con gran clase y espíritu de aventura, no vamos a negarlo, pierda impulso, y caigas otra vez en la órbita de las quintas de Martínez y los sábados de country club, los modelitos de Cardin o Schiaparelli, la verdadera diversión, reconocelo, y algún flash importuno que te fulmine desprevenida y bien acompañada para las páginas de “Café Society” de Claudia y hasta quien sabe un productor, director o actor de cine que te reclute definitiva y predeciblemente para la no tan incipiente pero aun promisoría industria del país, quién sabe, incluso eso.

Así que el ánimo que voluntariosamente pretendía insuflarme cada día, en el fondo lo encaraba yo como una especie de filantropía vicaria, un acto redentor, su empeño de aparecerse siempre con el mismo par de gastados y desteñidos vaqueros, aunque la marca fuese “Levi’s” y se veía a la legua que eran importados, y tres o cuatro sweaters que amontonaba sin gran cuidado en el placard, revueltos con una colección siempre variable de ese tipo de bombachas stretch, estampadas con motivos eróticos, un cactus vaginal, unos labios abiertos, un zip a punto de deslizarse sobre un lugar preciso; se habían puesto de moda en ese entonces y la verdad que redondeaban sus nalgas ceñidas y flexibles, discretamente prominentes; corpiños, que recuerdo, nunca usaba, porque sus tensas veintitrés primaveras no requerían ningún sostén artificial para que las glándulas algún día maternas emergiesen turgentes e incitantes por debajo de la blusa o el pull-over, y cuando cayeron los fríos del invierno colgó algo así como un montgomery de pana forrado de una tela escoceña junto al plástico negro y reluciente del único impermeable que yo le conocía, porque había llovido mucho aquel verano, omití decir que era verano, cuando nos conocimos, y entre risas y alguna que otra discusión más o menos en serio hasta que ella disipaba mi mal humor fingido con una burla o algún raptó de ingenio caminábamos mucho debajo de la lluvia, más cuadas de las que yo estaba dispuesto a caminar, no porque ese acto después de todo primitivo, asociado a viejas concepciones románticas y un oscuro atavismo no ejerciera también alguna incierta influencia en mí, Garúa, Homero Manzi, Tarde Gris, Cadícamo, Discépolo, bien sabía que la lluvia y la calle, las mojaduras y la tuberculosis estaban bien metidas en el tango, pero ahora se usaban Lees y plásticos, se había descubierto la estreptomycinina, y el litro

de “Robert Brown”, “Old Smuggler” o “Criadores” valía casi tanto o casi menos que una botella de caña o de vino barato, así que había que dejarse de joder, Corrientes y Esmeralda y los cien barrios porteños me inspiraban menos que una película de Kubrick o Bob Fosse y el jazz se me había metido en el oído como el carcinoma roedor, había que componer, componer y tocar, y ella decía tenés que insistir, no te dejes vencer, a vos lo que te sobra es talento, hay mucha gente que empieza a comprender, escribí, escribí, llená pentagramas, y repasaba en un susurro sus parlamentos de la obra mientras yo digitaba los botones del fuelle y exploraba los ritmos de Piazzola para ver si podía encontrar algo más, y dibujaba fusas y corcheas en el alambrado, seguro de que el gordo y el foca rabiaban pero descifrarían aquello en dos minutos, si bien yo, pese a todo, tocaría sufriendo y a disgusto, había un “non plus ultra” para el tango?, se había llegado al límite, y cada vez me parecía estar más cerca del ahora-o nunca-más, ahora o nunca, ella tirada en la cama, el bulín amarillento, y las noches que cada vez eran más breves, las tardes más inútiles o estériles, introducía ahora un saxo y una batería o todo se iba al diablo, pero carajo, cómo mierda empezar, por dónde y dónde, ni siquiera en el área chica de la gran ciudad había lugar para una cosa así, romper de esa manera la ortodoxia, había que irse, porque de cualquier modo, un día cualquiera, ella se iría, y entonces, si esperaba hasta entonces, ya no me quedaría ni eso, su compañía, su amor, su abrazo largo y cálido y su aliento, no sólo artístico o espiritual, quiero que entienda bien, su aliento rítmico en la almohada, el latir de sus venas, su aliento en mis orejas y en mi cuello.

Primero nos hablaron de “Five Spots” y “Patrick’s”, que resultaron demasiado y nos miraron con algo de sorna, no-disgusto, más bien esa burlona y defensiva tolerancia del negro que cree saberlo todo y haber escalado hasta el tope su pirámide, así que nos pusimos más modestos y escarbamos los sumideros del Village hasta que descendiendo unos seis escalones (por Dios, estábamos condenados a vivir o por lo menos a tocar a tres metros bajo tierra?) dimos con un local que poseía una espléndida resonancia y se llamaba crípticamente “Stp 36”, después supe que era nada más, el nombre, una especie de apócope de una línea o parada del subway, y se expendía cerveza a un dólar la pinta, a dos la medida

de whisky, tarifas para el Village unánimes y digamos multitudinariamente accesibles; era un salón estrecho y alargado con una barra a todo lo largo de la pared costera, unas quince banquetas y otras tantas mesas adosadas a la pared de enfrente con cuatro o cinco sillas cada una, así que podía calcularse fácilmente una capacidad de 90 a 100 concurrentes, una muestra apreciable de la vasta, heteróclita, y en diversos grados inyectada o dopada fauna del Nueva York nocturno, pero en realidad comprobamos que podía doblarse la tripulación, lo que era el éxito. Al fondo había una tarima de 2,50 X 2 que se levantaba treinta centímetros del suelo, pero, en fin, sin piano podíamos arreglarnos; éramos cinco, entonces, la integración ideal de acuerdo a mi proyecto, un saxo alto aunque yo hubiese preferido un contralto o tenor, el bajo previsto y un baterista de la escuela de Roach o de Art Blakey; el foca y su guitarra eléctrica me habían seguido al mes de arrancar yo, y luego, naturalmente, el bandoneón en 1er. plano. Mostramos lo que sabíamos hacer y los tipos del subway, jóvenes, abiertos y melencólicos asintieron a medias convencidos, el bandoneón desconcertaba, eso era obvio, pero con buen olfato especularon precisamente con el desconcierto, la marca hastiada que desborda cada noche las calles de Manhattan en busca siempre de algo que distorsione su podrida rutina, y aquella extraña oruga negra que se abre y cierra con contorsiones de reptil of South America y balbuceaba lamentos o estertores tenía un irresistible poder de seducción, resultó claro, aplaudían a reventar mis solos, se ponían de pie cuando nos enredábamos en una improvisada trenza con el saxo y la guitarra mientras el bajo y la batería trepidaban detrás, en trance inesperado, aunque nadie del público ni aun nosotros mismos entendiésemos por qué abstruso camino, ni fórmulas ni qué absurda y aleatoria catálisis habíamos llegado a ese equilibrio.

Apenas podíamos creerlo: hacíamos 50 dólares por noche y por cabeza con cuatro horas de actuación, lo que era un gran comienzo, "The Village Voice" hablaba de nosotros, y no parecía exagerado esperar que en cualquier momento nos pudiesen grabar la primera placa. El foca y yo nos habíamos instalado en una pieza que no podía recordarnos a Buenos Aires porque los colores eran de una estridencia que sólo era admisible allí, en Nueva York, y el radiador de la calefacción

ción empañaba las voces en los vidrios que apretaban los filos de la escarcha y nos dejaban descubrir la nieve apilada en los techos, a los costados de la calle y en las paredes de ladrillo visto; sucia, molesta y traicionera, la nieve; no me vengas con la poesía de la nieve y toda esa literatura mentirosa, macanas, los limpiadores echaban sal para que se derritiese cuanto antes y las máquinas barredoras nos despertaban con su infernal raspado en el asfalto, algo así como un torno de odontólogo perforándote el hielo en las orejas dos o tres horas antes de que hubiésemos hecho el más mínimo amago de escurrir las frazadas; después desayunábamos huevos, jamón y un café aguachento en un snack que por casualidad no se llamaba “Joe’s”, habíamos comenzado a ahorrar algo de guita, lo que era una novedad, y ya planeábamos que si no se concretaba a corto plazo lo del registro del long-play, que no era más que pura cábala, tal vez no fuese mala idea probar suerte en la Costa Oeste, San Francisco o Las Vegas, aunque por el momento parecía mucho arriesgar, y chamuyábamos naturalmente del barrio, del clima bonaerense, y qué será del gordo, y del grupo “Avantscène”, y el foca, era evidente, no sabía si preguntar o no, si sacar el tema o contarme o romper mi silencio, hasta que yo mismo le pregunté qué había pasado con Stella, y él se quedó callado por un rato y preguntó a su vez si no había recibido alguna carta o yo no le había escrito, y agregó algo, después, vagamente, acordate que yo me vine apenas al mes de tu rajada, la ví, naturalmente, dos o tres veces, pura casualidad, cuando acabamos con Genet y las funciones también nos abrimos del grupo, pero claro, el café, un lugar donde quieras que no siempre te encontrás, nunca me preguntó nada ni yo le pregunté, y creo que evacuó sus cosas del bulín y no sé bien si vive con los viejos o se arrimó a algún otro, disculpame, supongo que vos sabías lo que hacías y al fin y al cabo nunca dijiste nada ni yo estaba muy seguro de si era muy en serio lo que había entre ustedes, por algo te viniste, supongo, era una piba macanuda, en fin, como hay tantas, ya vendrá otra o a lo mejor volvés a saber algo de ella cualquiera de estos días, el mundo da tantas vueltas, y me miró, por qué me preguntás, me dijo estás incubando un complejo de culpa o pensás que no hiciste las cosas de la mejor manera?

Pasaron las semanas y los meses lo mismo que podían haber pasado los años o los siglos, ya no llevábamos la me-

por cuenta del tiempo, otra vez era reunimos y tocar, explorábamos algo sin querer o a sabiendas nos repetíamos y el público comenzaba a relear, hasta que un día, como era previsible, el melencólico, el de lentes, nos dijo okey, muchachos, tienen talento y lo que ustedes hacen sirve, pero aquí no va más, prueben en otra parte; habíamos durado allí, entonces nos dimos cuenta exactamente, un invierno, una primavera y un verano, tres estaciones, lo que es mucho decir, generalmente las temporadas son más cortas, pero no habíamos logrado el salto indispensable hacia la placa discográfica, y eso, en lo profundo, deja el regusto amargo del fracaso; era evidente para todos, decidimos abrirnos por un tiempo, quieto decir los otros, el foca y yo no, firmes como una roca, juntos, en algo o en alguien había que apoyarse, comenzaba el otoño, este otoño de hoy, y es de creer que nos empezaba a escarbar el moroso virus de la nostalgia, poco a poco, desde afuera hacia adentro, uno lo sentía escocer la piel y después taladrar más profundo, zonas más viscerales, vulnerables, cosas del tango, viste, anclas en Nueva York, antes era París, pero hay que ver, los tiempos cambian, el “tanjazz” era eso?, Times Square, el smog, los rascacielos, el hi-fi y la electrónica en lugar del frío, la tos, los bulevares y madame Yvonne; pero la nieve era la misma, qué joder, estábamos en octubre y allá abajo era plena primavera; y si nos fuéramos, dijo por fin el foca, total, ahora que ya probamos podemos volver a intentarlo otra vez, cuando quiéramos, sabemos que puede resultar, y a lo mejor, quién te dice, si empezamos a hacer lo mismo en Buenos Aires; nos quedamos mirando; era como una apuesta, una especie de espera, una pulseada o forcejeo a ver quién largaba primero, me acordé mal que fue él, tuve un arranque de sinceridad y le dije que venía más o menos pensando en eso mismo, de veras? dijo él, de veras dije yo, nos quedamos fumando cada cual su cigarrillo.

El día que largamos el espectáculo de Genet, recuerdo bien, habíamos interrumpido el contrato con “Ototango”, una interrupción por un tiempo mientras durara la obra, y el frío se trasladó a la sala de “Avantscène”, no fijamos cachet, habíamos aceptado trabajar en forma cooperativa, sesenta por ciento para el grupo, cuarenta para el trío, no íbamos a sacar nada para el colectivo, yo había querido tironear un cincuenta e igual así pensaba que íbamos a pérdida; te preocupás

mucho por la guita, sabés, me dijo Stella; yo me preocupo? dije yo, y ella sí, te importa demasiado; claro, porque yo no tengo espíritu amateur, ni hago las cosas por simple amor a la camiseta; porque ésto para mi no es una aventurita, repliqué amoscado, yo voy en serio en ésto, voy a vivir un día de la música, no me largué de casa para jugar un rato y dar la vuelta, no sé si comprendés, yo nací allá abajo y ya no sé si tengo ni qué hicieron mis viejos, y alargué un ademán ancho y vago, como abarcando Avellaneda, Lanús, Temperley y el océano Atlántico; y yo no, dijo ella, y me quedé mirando sus mocasines descuidados, el roce demasiado ostensible para ser convincente del cuello dado vuelta de algo que era mohair o cashmere, los pantalones “Levi’s”, el cigarrillo negro, estrujado y nervioso que sacó de su bolso y apretó entre sus labios. Vos? repetí, y me tragué un buche de palabrotas, las ganas de insultarla o pegarle, las primeras, el reprimido o masticado impulso de decirle que se fuera a la mierda, que cuanto más durase su aventura más me estaba jodiendo, más tiempo, más heridas, llagas y cicatrices iban a durar y a dejarme su ausencia, más me iba a costar resignarme a su giro o retorno inevitable, la quinta de Martínez, el St. Andrews y etcétera y etcétera; pero la bronca debió salir como un relampagueo en mi mirada, debieron de crispárseme las manos, no sé, habré iniciado un rictus o un gesto de repulsa, como apretar los dientes, o gargantear una escupida, algo muy fuerte y muy revelador, una explosión que no explotó, o un incendio que se quedó en pura llamarada. Stella se me quedó mirando. Largo rato. Vos no creés que esto va en serio, no? me dijo; vos pensás que yo sigo apegada a mis viejos y a mis cosas; vos estás convencido que todo esto es diversión, o amor al prójimo o caridad cristiana no es cierto? vos imaginás que yo no arriesgo nada, que no renuncié a ninguno de mis lujos, que no hay un precio a pagar, que cuando se me antoje doy media vuelta y otra vez a “lo mío”, que no quemé las naves ni me hice de odios y rencores; más o menos, le dije, a mí no se me hubiera ocurrido una pila tan grande de metáforas. Y, por supuesto no hubo llanto, Stella no era de lagrimear tan fácil, ni tampoco de las que suelen rebuscar explicaciones o seguir discutiendo hasta el cansancio, y era casi la hora de arrancar para el teatro, así que salimos del bulín en silencio, sin tocarnos, nos zambullimos en la boca del subte y no cruzamos más una palabra has-

ta que aparecimos en los camarines, y ella a cambiarse, yo a repasar nuestras entradas con el trío, el estreno fue un éxito, la sala reventaba de aplausos, no había que hacer grandes esfuerzos para verificar que aquello no era claque, la comedia había salido redondita, el director debió preparar al escenario, los cronistas teatrales se arrimaron, gente que se acercaba y abrazaba, besos y congratulaciones, el trío era un hallazgo, nosotros sorbíamos modestamente nuestra parte, y después de comer, al café, se nos vino arriba la mañana sin que nos diéramos cuenta, y cuando el grupo comenzó a desgranarse, Stella y yo nos tomamos los vientos, rumbo a Constitución, iba a empezar nuestro propio festejo, pero seguíamos callados, era como si un frágil e impalpable cristal se hubiese roto, algo que no podía volver a reconstruirse, fragmentos microscópicos o astillas de una explosión de hielo clavadas en la piel y más adentro, en la boca, en la garganta, en el estómago, hicimos el amor pero no fue lo mismo, ninguno de los dos encontraba las palabras de antes, no hubo abrazo post-coito, ella giró sobre la cama y se durmió de frente a la pared, yo me quedé despierto y calcinando dos o tres cigarrillos, pensando sin pensar, era como si nunca más pudiésemos volver a estar solos y todo fuese falso, el cuartucho, sus libros, las ropas apiladas en las sillas, la luz que inútilmente se agostaba en la lámpara.

Bueno, teníamos casi dos mil dólares guardados c/u el foca y yo, calculando el costo de vida en Buenos Aires se podía tirar algunos meses, podíamos regresar y aguantar hasta que apareciese algo, sonreír como si hubiéramos conseguido lo que habíamos venido a buscar, lo que era en parte cierto, así que el foca se quedó arreglando el alquiler del cuartucho y otras cosas y yo me eché a caminar por la Quinta Avenida, una líquida mañana de octubre, bajo un sol otoñal, después de todo me daba un poco de pena dejar eso, las banderas, el Rockefeller Center, la Biblioteca Nacional que bien podría ser un templo griego, Nueva York daba a uno la posibilidad de sentirse solo hasta la médula, sentir la soledad y el frío filtrándose en los huesos, algo que ver no sé con qué, con la grandeza o con el heroísmo, como si hubiera ciertas Arcas privilegiadas del planeta donde las cosas tienen dimensiones épicas, donde uno puede tocar el cielo o el infierno, llegar al fondo último, barruntar algo del misterio esencial, ese por qué vivimos, qué somos, qué buscamos, no sé,

las mil preguntas sin respuestas que uno se hace cuando está solo y siente que lo aplasta el cemento. Llegué hasta la oficina de Aerolíneas y compré los pasajes, para dos días después, hecho, ahora nos íbamos, y otra vez la alegría, y en el momento de salir a quién me encuentro: a Virgilio, el poeta, ahora marica deschavado, me dice vos aquí?, y yo que anduve preguntando por vos en todas partes, sé que te fue muy bien, igual que a mí, me va regio, dónde tocan ahora?, dejaron de tocar? pero no digas, yo estoy en el café “La Mama”, con un espectáculo casi porno, la locura, no digas que te vas, vení, vamos a tomar algo. Entramos en un local casi vacío de la 52 y pedimos dos tragos. Bueno, contame, dijo él, pero no me dio tiempo; Yo llegué hace dos meses, continuó, y fue como una calesita, otra vez el comienzo, dale y dale; y el grupo? conseguí preguntar después de un rato, qué pasó con el grupo?, pero cómo, no te enteraste? replicó, con los ojos por un momento fuera de las órbitas; si me enteré de qué? le dije, del accidente, dijo, qué accidente? Bueno, viajábamos a Córdoba, el auto de Miguel, el director, te acordás, íbamos cinco, una gira fantástica, Stella al lado de él en el volante, después que vos te fuiste, habrás sabido, bueno, Miguel siempre estuvo medio metido con Stella, y ella no era una chiquilina para andar en banda, qué querés que te diga, no sé cómo quedó la cosa entre ustedes, de cualquier modo ahora no tiene ninguna importancia o es mejor que lo sepas, te puede ahorrar disgustos, juzgá vos, bueno, como te digo, todo fantástico, y no puedo contarte los detalles porque esas cosas ocurren de repente, en medio de un segundo, lo ves venir y cuando abrí o intentás abrir la boca ya pasó, bueno, Marina, Luque y yo íbamos atrás, nos salvamos raspando, salvarse es un decir, yo 15 días de hospital y 2 costillas rotas, Marina una fractura, Luque contusiones y heridas varias pero superficiales, tuvo suerte, pero Miguel y Stella, comprendés, iban en el asiento delantero, él tiró el auto contra la banquina, pero igual el impacto lo agarró casi de frente, no sé qué más decirte, te digo, abrí los ojos y ví nada más que la ambulancia y las camillas, y a ellos desparramados por ahí, tapados con frazadas y diarios, te imaginás qué significa eso, medio inconsciente y todo me dí cuenta, no quise mirar más, bueno, para qué hablar de cosas tristes, ahora ya sabés, y decime por qué te vas? qué vas a hacer allá? vení a verme a “La Mama”, de martes a domingo, cualquier no-

che, preguntás por mí y te hago entrar, como te digo, desnudos todos, el show, casi porno, mucha improvisación, no te lo puedo describir, vení, ya vas a ver, la dueña, todos fenomenales, regio, regio.

El foca no entendió que a último momento yo me echase atrás y no quisiera regresar, devolviese el pasaje. El se iba, se fue, de todos modos. Comprendéme, viejo, Buenos Aires me tira, pero en cualquier momento hago de nuevo las valijas y estoy aquí con vos y agarramos para la Costa Oeste. Lo dejé hace un rato en el Kennedy, ví perderse el avión en un cielo de tiza y alumino, rumbo sur, como una inmensa pampa algodonosa. La puta, eso es sentirse completamente solo, sin planes, cuando llegué por lo menos creía en algo y venía decidido a hacer algo. Ahora ya no sé. Ahora que lo pienso, sé que ella fue muchas cosas en mi vida, por lo menos quiso ser muchas cosas y tal vez lo haya sido. Pero, no sé, pienso también que esencialmente todos sus buenos propósitos y esfuerzos, sus desvelos, preocupaciones y hasta seudosacrificios fueron un fracaso, como fracaso fue nuestro intento de hacer algo juntos, construir una pareja, forjar planes y esbozar un futuro, como suele decirse. Pero ahora sé bien, también, que no puedo guardarle rencor ni culparla, ni hacerla responsable de nada; después de todo, me guste o no reconocerlo, murió en su ley, sin claudicar, sin que llegase a dar la vuelta previsible. A lo mejor no tuvo tiempo; a lo mejor, más tarde o más temprano, pero yo no soy quién para decirlo y no tengo ni el derecho de pensarlo. No me alcanzó el coraje ni para el regreso. Para no ser testigo de su ausencia, se me ocurre; por miedo a no poder soportar lo de antes, el frío, el cuartucho de Constitución, el subterráneo, las madrugadas del café, la masa humana, el asfalto de un Buenos Aires húmedo ahora que no estás, ahora que tu yiro terminó para siempre, ahora que la aventura que emprendiste ya no tiene retorno, qué le vamos a hacer, yo hice lo que entonces sentí que había que hacer, a lo mejor me equivoqué, vos perdoname, traté de comprenderme y perdonarme, de repente las cosas pudieron ser de otra manera, pero fueron así y ahora no hay vuelta.”



JUGANDO

Marcelo Estefanell

autor nacido en paysandú el 18 de noviembre de 1950

prisión: agosto 1972 - marzo 1985

relato escrito en el penal de "libertad" en octubre de 1984

*“Siempre supe que la madurez es una
forma de recordar todo lo olvidado
(todo lo perdido)...”*

“Cumpleaños”, Carlos Fuentes

Cuando jugaba a que era palomo se concentraba de tal manera que nadie ni nada podía sacarlo de su papel, sólo restaba esperar a que por su propia voluntad decidiera abandonar el asunto y volviese a ser un niño común y corriente (bastante cabezón y algo orejudo, la verdad sea dicha, pero niño al fin). Si usted lo hubiese visto trepado en la balaustrada que separaba los dos niveles del piso -el del patio del fondo, dos escalones más alto que el resto de la casa-; si usted lo hubiese visto ahí, repito, sentado sobre sus talones y los brazos pegados a los flancos, entre macetas de helechos y canilla negra, seguramente hubiese preguntado qué estaría haciendo. Más aún: supongamos que usted formulara esa interrogante en voz alta: pues bien, él nada le hubiese contestado o, en el mejor de los casos, su respuesta podría haber sido un zureo; porque así como lo vio -en cuclillas sobre la balaustrada en ese instante él era un palomo, descansando en su posadero preferido; y como las palomas no hablan la cosa es clara ¿o no?

Pero dejemos una posibilidad para una comprensión más lenta de su parte, y supongamos que esa actitud tan estática del botija le hubiese despertado un gesto cariñoso y un comentario convencional, entonces, luego de revolverle un poco el pelo, le hubiese dicho:

- Qué niño tan juicioso.

Bien, así las cosas, sus palabras hubieran expresado una cualidad real, aunque mirado desde la imaginación del botija usted hubiese desvariado, por no decir pecado de ceguera crónica, porque el gurí juicioso (cabezón y orejudo) no era otra cosa que un palomo manso y buenazo, incapaz de molestar a nadie o hacerle daño; e incluso, bien mirado -desde cualquier punto de vista- limpiísimo era, ya que no ensucia ni tiene piojillo o cualquier otro parásito externo de esos que suelen habitar el cuerpo de los emplumados.

Por lo antedicho no vaya usted a pensar que pretendo defenderlo, simplemente me limito a enumerar rasgos exteriores (y sólo algunos no más) que usted podría haber visto una tarde de otoño -allá por el 58- de haber estado presente en su casa pocos minutos antes de que irrumpiera su madre en el patio, trayendo consigo a otro niño que él jamás había visto anteriormente. Usted podría replicarme que también he mencionado rasgos internos, al menos uno, su lógica humano-colombista (permítame el término). Y es verdad; pero sucede que yo soy lo que en literatura se denomina “narrador omnisciente”, entonces no hay tu tía. En contrapartida, usted tiene el derecho y la posibilidad de cortar sin más la lectura, no lo olvido. Sin embargo, seguiré en mis trece, como el gurí paloma que no abandona su juego: prisionero de su papel no hace caso a su madre, y, desde su “posadero”, mira al niño que le presenta Tatá sin decir ni pío, literalmente.

-Este es nuestro nuevo vecinito -explica Tatá - se llama Alfredo- y él: nada - Por favor, Marito, bajá de ahí - como si oyera llover, ni caso - No seas mal educado -dice su madre - ¿qué va a pensar de tí?

Alfredo, que no es más que un niño de nueve años, dice muy educado:

-No lo moleste, señora - y observa con suma curiosidad el patio: su topografía, sus árboles y recovecos donde Ho-palong Cassidy pueda cubrirse bien en caso de que se arme lío y los tiros se crucen de uno a otro bando.

-Bueno yo los dejo y a la hora del té los llamo -dice Tatá- Y vos mellizo, no hagas papelones.

Por una razón completamente aleatoria, el mellizo no hizo papelones: ni bien su madre los dejó solos, sintió que se le acalambaban las piernas. Cómo habrá sido la cosa que abandonó la balastrada de la misma manera que lo hubiera hecho usted o yo, es decir, de un salto y no volando: el dolor - y valga la metáfora siguiente- le tronchó las alas en menos de lo que dura un parpadeo, me lo dejó sin plumas al mocoso, ni siquiera se le pasó por la imaginación imitar el flap flap característico del aleteo como solía hacerlo siempre que era un palomo; cuando quiso acordar ya estaba en el suelo y Alfredo se acercó y le dijo: yo no tiré, Flecha Rota, el disparo vino de aquél lado del valle, vamos; con voz tan pe-
rentoria que lo siguió callado y rengueante, algo perplejo. También -preciso es confesarlo - porque al principio no entendió ni papa, entre el calambre sufrido y el desplume abrupto estaba algo confuso el pobre...

Al rato entró en caja; comprendió que él era un indio ahora, un indio viejo, bueno y jefe (no le gustó mucho el hecho de tener que ser viejo, pero se aguantó en el molde), Alfredo Cassidy, por su parte, era un cowboy amigo de los Pieleros Rojas, el que los protegía contra los inescrupulosos hombres blancos traficantes de whisky; unos tipos muy vengativos porque Flecha Rota no les llevó el apunte y se había negado a mercachiflear con ellos. Clarito fue entendiendo el argumento el mellizo, mientras se internaban en el fondo y una vez tendidos entre los pastos, porque fue entre los pastos cuando Alfredo terminó de compaginar los sucesos pasados, presentes y los que habrían de venir; en voz baja se los

relató precavido Hopalong (¿O determinado por una concepción realista de la representación?), ojeando a derecha e izquierda, no fuese cosa de que los traficantes de espirituosos elementos pudiesen oírlo y ¡ñácate! se les vinieran encima.

Hay que reconocer que el gurí asumió su nuevo papel de jefe indio con igual energía y ahinco que a sus propias representaciones colomófilas; no obstante, por una proposición expresada ahí mismo - Vámonos, aquí hay un bicho Colorado-, forzoso es admitir que aún no se hacía a la idea de que se encontraban en el desierto de Arizona y más conveniente hubiese sido cambiarle el nombre a la fauna vernácula, cuidando, de paso la sintáxis, la prosodia y la lexicografía de su habla. Por ejemplo:

- Gran Jefe, mí y Cara Pálida, irnos: víbora cascabel aquí hubiera sido más adecuado.

Algo de esto debe de haber pensado o intuído Alfredo, pues, pese a ser muy pequeño como para saber de relaciones armónicas entre textos y contextos, igual fue puliendo las aristas ideomáticas de Marito Flecha hasta que, por fin, el cabezón y orejudo mocososo del que le cuento, adquirió un habla similar a la de Tarzán en las películas, pero en español y según los carteles al pie de las imágenes o en los globitos de las tiras de dibujo. Por entonces, este jefe indio de siete años que correteaba con su nuevo amigo por el patio desierto y sanducero de Arizona, apenas si sabía leer pero, afortunadamente, imitando aprendía fácilmente. Con decirle que se le pegó y anduvo conjugando mal los verbos, omitiendo conjunciones, quebrando frases, usando tiempos lunares y sustantivos desacostumbrados más allá de las horas de juego, no le exagero ni un tanto así; pudrió a medio mundo con su verborrea Flecha Rota.

- Hablá bien Maritín - le decían sus mayores.

- No comprender, yo hablar charrúa - le dijo su padre, haciendo así oído sordo a los pechazos del botija, porque ffjese usted: al otro día de este histórico encuentro con Alfredo, el mellizo pidió le compraran arco, flechas y carcaj, nada más y nada menos. Además -agregó su padre- me pregunto quién anduvo por la despensa y se las agarró con el plumero ¿quién?

¡Chachán - chachán!

Fue idea de Hopalong Cassidy después del tiroteo que tuvieron con los mercachifles en el desfiladero del Cuervo, entre el limonero y el gallinero grande, cuando intentaron cerrarles el camino y expulsarlos del territorio indio a los mal-ditos; no tuvieron éxito y ésta fue una improvisación argumental de Alfredo: Cassidy adujo que, sin caballos, estamos fritos ¿Dónde guardan las escobas en tu casa, Flecha Rota? (saliéndose del esquema realista por un instante).

- En la despensa -respondió Marito.

Hopalong: - Entonces vayamos a tu campamento y ensillemos, Gran Jefe.

Flecha Rota: - Macanudo (un lapsus verbal).

Entraron a la despensa y eligieron las escobas más nuevas porque a ambos les gustaba que los caballos fueran bien clinudos, con jopo largo, caído sobre los ojos, en fin, cosas que se imaginan los botijas, usted me comprende. En eso estaban cuando Alfredo descubrió el plumero y dijo vamos a construir una vincha para vos. En el momento que Tatá los llamó a tomar el té, se hallaban ensartando las plumas en una tira de tela: retazo de alguna sábana o funda de almohada que encontraron en una bolsa de trapos viejos; dejaron el trabajo a medio hacer y abandonaron el campamento. Por

media hora los traficantes de whisky fueron dueños de Arizona.

Pero todo esto no se lo iba a contar a su padre, menos que menos la discusión que se armó después de la merienda.; ni bien terminaron la vincha él se la puso, montaron a caballo y Alfredo verbalizó nuevamente su fantasía entresacada de otras realidades sublimadas e ideológicamente distorsionadas, produciendo la mágica negación de la realidad real y su afirmación simultánea, ya que el mellizo, como usted pronto verá, no sólo era más inocente que su nuevo vecino, sino que también era más ignorante. La cosa fue así:

Hopalong: - Gran Jefe, hermosas plumas llevas en tu honorable cabeza.

Flecha Rota: - Mí tener puntería con boleadoras, cazar avestruces muchas y hacer vincha.

Alfredo (impaciente): - Eso no puede ser, en Norteamérica no hay avestruces y los pieles rojas no conocían las boleadoras.

Marito (picado): - ¡Cómo no van a conocer las boleadoras, nene! Los indios son indios y avestruces hay en cualquier lado; preguntale a mi hermano mayor y vas a ver, dale preguntá.

Alfrdo sofrenó, detuvo su cabalgadura Cassidy: un tordillo immaculado; volteó los ojos hacia la galería del fondo donde Daniel jugaba al futbolito con un amigo, lo midió como posible protagonista del oeste, y de un galopito se le acercó y le zampó la pregunta:

- Verdad que en Norteamérica los indios no conocían las boleadoras y que no había avestruces ni ñanduces? ¿Verdad que no?

- Aire, no jodan -replicó Daniel, concentrado en los jugadores de plomo, aferrado en los manillares de los cinco medio campistas y los tres delanteros.

- Usted podría jugar de traficante -educado e impasible Alfredo- ¿quiere?

- Aire, dije a-i-r-e; a escorchar a otro lado, mocosos.

Pusieron grupas al futbolito y, pereré, pereré, se internaron en el Valle de la Muerte; a sus espaldas oyeron el festejo de un goooooo que, si bien los distrajo un poco, no les impidió continuar la cabalgata e incluso le inspiró a Alfredo Cassidy este comentario:

Hopalong: - Aulla un coyote, Gran Jefe.

Flecha Rota: - Ajá (otro lapsus verbal)

Y la disputa ergológica y faunística quedó en un impasse.

No, no se lo contó ni le echó la culpa a la mano negra o a Arsenio Lupin o a Don Juan el Zorro; se limitó a mirar al piso y a rascarse los fundillos: los bichos colorados se habían anticipado a las precauciones. Esperó, y al fin su padre le dijo:

- Hacé como los indios: ellos se fabricaban sus propias armas.

Buena idea; el asunto era cómo y con qué; para peor Alfredo Cassidy se hizo humo y estuvo más de una semana sin

aparecer por Arizona.

Durante esta ausencia, el mellizo asumió nuevamente el papel de palomo pero, qué quiere que le diga, ya no era lo mismo (¿o el mismo?). Todas las tardes volaba a la balastrada y pasaba largos ratos en cuclillas con ambos brazos pegados a los flancos (alas plegadas), la mirada perdida, callado. Se distraía con suma frecuencia y de pronto se encontraba pensando como Flecha Rota, controlando su territorio desde una colina, enhorquetado sobre un tobiano que era el orgullo de la tribu y la envidia de los hombres blancos: Traficantes de caballos que lo codiciaban, le venían en son de paz y con espejitos, cuentas de colores y rifles sin balas: Mí no ser bobo, aire con caras pálidas; y por allá se acordaba que jugaba a las palomas, entonces borraba la colina, borraba el mustang, borraba un argumento que Alfredo Cassidy hubiera podido hacer suyo, mejorarlo y desarrollarlo incluso, se desperezaba como un palomo (con serio riesgo de caerse) y se veía en la cornisa del frontispicio de la basílica hecho un pachá, vichando desde allá arriba hacia la plaza Constitución con la fuente en el medio y el fotógrafo al lado, a tiro de eventuales clientes y cuidando su máquina de tres patas de los gurises que corren de aquí para allá jugando a la ladronada; más acá, hay parejas de novios ocupando los bancos de la avenida central; en cambio, sobre los bancos que están a la sombra de los plátanos y miran hacia 18 de Julio, se sientan los viejos jubilados con ropas grises, con la cabeza cubierta por boinas o sombreros, algunos se sientan sobre un diario, otros leen el diario, los más conversan y sólo se callan cuando ven pasar una mujer bonita; él lo sabe porque se lo contó el abuelo, pues, desde la cornisa, qué va a oír, nada, pero observa la explanada desierta donde los dominicos toca la banda y los días de escuela él va con su clase al recreo desde la N° 8 y juegan a la mancha o a veces tiran trompo pero ojo con los lustrabotas que paran en la plaza y frente al bar Berry, ojo porque así no hay trompo que te dure; él los ve desde allá, chiquitos se imagina que los ve y se acuerda que hace tiempo no juega a los lustrabotas, pero sigue de palomo nomás porque ya lo sabe por experiencia: los adultos se avivan, te hacen lustrar en serio y después te dicen

no me irás a cobrar ¿verdad?. Más vale ser palomo, volar, mirar las cosas desde lo alto como Superman y descansar en las cornisas; mientras las piernas aguanten y no te vengan ganas de ir al baño ¿qué problema? Ninguno. Salvo que le costaba asumir su papel de emplumado, se devanaba los sesos el mocoso pensando cómo hacerse un arco, flechas y carcaj; de pensar en ello le venía a la memoria las vidrieras de la ferretería Fantoni -yendo por la calle Montevideo hacia lo de la tía Relina - con aquellas flechas de verdad, de punta de acero y largas así, unos arcos altos como su padre y cada carcaj que ni en las de Robin Hood se veían... Decidió pedirlos para su cumpleaños o, a más tardar, para Reyes; en consecuencia, como recién estaban en abril, el problema requería una solución más inmediata. Cómo y con qué, ésas eran las incógnitas que se formulaba desde la balastrada y, a su vez, el motivo de que su imaginación saltara de una situación y un personaje. Una vez creyó tener la solución: pensó que Flecha Rota bien podría adquirir un Winchester a los mercachifles y chau pinela, después de todo él era el Jefe; previó una objeción por parte de Alfredo Cassidy:

Hopalong (el sombrero echado para atrás, voz pausada) - Escucha, honorable Flecha Rota, escucha este consejo de amigo: no negocias, corres grandes riesgos, quedas a merced de esos malditos traficantes porque necesitarás municiones, entonces estarás en sus manos. ¿Quieres balas?, te dirán, nosotros queremos tu caballo, y cada vez te exigirán tus cosas más preciadas, etcétera, etcétera.

Previo esa objeción cassidyana o ya la había escuchado en el argumento anterior, el del primer encuentro? No recuerda bien: de todas formas ya sabe qué le propondrá Alfredo: conquistar un Winchester y no comprar ¿Cómo? Que lo decida Cassidy que es el muchachito. Después de haber pensado esto se sintió mejor, el cómo y con qué fabricarse arco, flechas y carcaj aún le escocía pero no le urgía, pues, por otra parte, confiaba en que Alfredo también sabría cómo arreglar el asunto. Zureó, zureó un rato y después se fue a jugar a la rayuela con su melliza, Laura y Jenny -dos ami-

gas.

Pasó la semana y la espera seguía. Ahora aquel gurí paloma imperturbable que se ceñía a su papel sin salirse un milímetro de aquella lógica humano-colombista de la cual le hablé al principio bajaba de la balastrada por cualquier convite: su hermana Anita quería jugar a que ella era profesora de inglés y él era pierna para oficiar de alumno, se banca la cantarola de I am a teacher/ you are a pupil, de lo más olímpico, y eso que la teacher exigía unas pronunciaciones de lo más puras, que ni los ingleses mire. Más le digo: llegó a bajarse de la balastrada para hacer un mandado a pedido de la flaca Mercedes -otra hermana-, cosas que antes hubiera sido prácticamente imposible.

Hasta que un día reapareció Alfredo.

Le cuento: el mellizo estaba hecho piedra en el living, mirando fotos de artistas de cine desde el sofá más cómodo, mientras Ana, Mercedes y sus amigas recortaban la última de Tony Curtis y suspiraban por Pat Boone, discutían sobre quién era más churro y pegaban en el álbum a las sonrientes y esplendentes estrellas de Hollywood, intercambiaban chimentos de divorcios, flirts y, a qué no sabés con quién se casa Rock Hudson. Dicho con otras palabras, la elaboración del álbum de artistas -algo tan anodino- tenía muy ocupadas a las gurias, y el gurí, por su parte, no sabía con quién quedarse, si con Kim Novack o Liz Taylor, cuando llegó Alfredo y le dijo, vamos al patio. Fueron.

- ¿Te gusta Texas, Toro? - preguntó Alfredo camino a la despensa al tiempo que se colocaba un antifaz negro.

El mellizo dijo que sí, aunque le llevó unos segundos darse cuenta del cambio de tratamiento, dudó, y como no había nadie más en el patio, pensó yo soy Toro, entonces reiteró que le gustaba Texas, aunque geográficamente contiunua-

ra ubicándose en Arizona, y como Flecha Rota, agregó un petitorio.

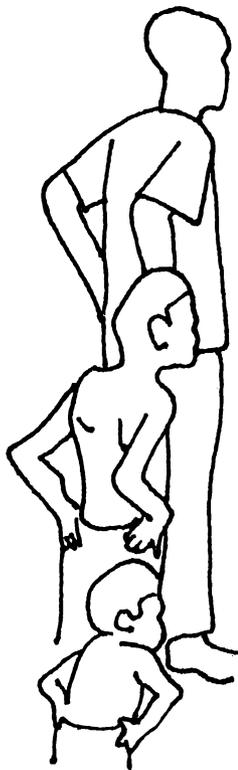
- Momento, mí ser indio Jefe Grande, tener problema: querer fabricar arco, flechas y carcaj y querer conquistar un winchester ¿qué pensar, Hopalong?

Alfredo respondió que ahora era el Llanero Solitario y vos sos Toro; en consecuencia, bien podía resolver el problema con un revólver, un cuchillo y la vincha, pero ésta, eso sí, tendría que llevar una sola pluma y usarla atrás del bocho, sacaron las escobas de la despensa (los caballos del corral) y montaron.

Llanero Solitario: - Has comprendido?

Toro: -Sí - hizo caracolear el tobiano: zapateó sobre la rayuela y preguntó: - A quién preferir tú, Llanero ¿a Kim Novack o Liz Taylor?

Diez minutos más tarde, si mal no recuerdo, el Llanero Solitario y Toro estaban prendidos a los manillares del futbolito debajo de la galería del fondo, mientras Plata y Centella mascaban el freno atados al palenque.



EL RIFLE PESQUERIAS

Carlos Fernández Rapetti

autor nacido en Maldonado el 14 de marzo de 1927

prisión: junio de 1977 - febrero de 1980

relatos escritos en el cuartel del 6° de Caballería (Montevideo)

entre agosto y setiembre de 1977

EL RIFLE

El “Browning” calibre 22 brillaba por todos lados; en sus partes metálicas de empavonados azulinos y en el lustre caoba de su culata. Era un rifle de repetición automática, cuya adquisición había insumido a Carlos, los ahorros de seis meses de su sueldo de mandadero-vendedor-limpiador de la tienda en que trabajaba.- ¡Había que salir a probarlo! y para ello se reunió con Quico que tenía otro rifle de ese mismo calibre.- Aprovechando el sábado, salieron por la tarde con abundante munición, acompañados por el Gringo y Rubén rumbo al arroyo.- Llevaban con ellos sus cañas, para compartir entre caza y pesca, esa tarde de verano.

Las calles adoquinadas reverberaban en el repecho que conducía al centro de la ciudad bajo el sol de la siesta.- El grupo alegre y dicharachero dejó el suburbio de casitas humildes, con techo de paja brava y tomó el camino de tierra que conducía al arroyo y sus arboledas.-

Llegaron al cauce que murmuraba entre piedras y sauces llorones y en la orilla, tapizada de fresca gramilla, se estableció el campamento.-

Carlos estaba deseoso de probar su rifle y enseguida salió con Quico en busca de una pieza digna de él, hacia las lagunas cercanas.- El agua en ellas era oscura y quieta y tal vez en esa agua, o en los grandes árboles, pudieran encontrar algún pato salvaje o paloma de monte, bocados apetitosos siempre en sus dietas de muchachos humildes.

A poco de andar, divisaron en la plaza arenosa que formaba la punta de una laguna, la figura de un ave de buen tamaño, que se entreveía desde allí, apenas filtrada por el juncal semi denso. Sólo bastó una mirada y los cazadores se abrieron en tenaza silenciosa, bordeando los matorrales que formaban los mataojos y zarzas del monte.- Carlos, agazapado, comenzó a elevar su busto, cuando calculó que había enfrentado el sitio y vio una garza inmóvil en la orilla, aguardando su pesca e ignorando el peligro que la acechaba.- Por entre las ramas apuntó cuidadosamente y comenzó despacio a oprimir el gatillo. El disparo sonó y como si fuera un eco del mismo, otro estampido se sintió de inmediato, venido del otro lado del monte, casi enfrente.- La garza se levantó del suelo unos centímetros y se tumbó de lado violentamente, atravesada por dos proyectiles casi al unísono.- Quico por su lado y Carlos por el suyo se levantaron y corrieron hacia ella.- No hubiera sido necesario apurarse, el animal con un temblor de plumas había muerto ya, cuando ambos llegaron a su lado. - Parece como si hubiéramos sincronizado el tiro -dijo Quico.-

- Mismo, le dimos los dos - dijo Carlos mirando satisfecho su nuevo rifle. Entonces comenzaron a examinar detenidamente su presa...

Era una espátula rosada, animal bastante raro de ver en esos lares, de gran tamaño y con un plumaje rosado, casi blanco, lustroso e inmaculado. Su pico era de un color marrón oscuro, con sus extremos achatados en forma de cuchara, de cuya base comenzaba a desprenderse un hilo de sangre, casi del color de sus ojos, que miraban ya sin vida.

Todo aquel animalito -aún desgarrado en el suelo- era una joya límpida y pura de la naturaleza.- Carlos tendió una de las alas, que mostraba sus plumas rosadas, lustrosas y dirigió el rostro hacia el de su amigo.

Casi al unísono -así como habían disparado sus armas- se borró de sus caras la satisfacción que primeramente habían experimentado, por haber hecho un buen tiro, en la incursión en la que habían estrenado la nueva arma.- En sus almas -como en un espejo bruñido por la amistad que los unía - se condensó la congoja ante la evidencia de la inutilidad de la inmolación de aquella belleza natural.- Sus labios no llegaron a decir nada.- Un ¿por qué? y un ¿para qué? fue to-

do el comentario que sus miradas tradujeron.- Sin sacar una pluma de aquel cuerpo, volvieron en silencio a donde estaban sus amigos, a terminar una tarde que había prometido alegría y que sólo dejó un culpable sentimiento de tristeza en sus almas de muchachos alégres y sentimentales.

PESQUERIAS

Julio María tenía fama de buen pescador, de embustero -por ser buen pescador- y de guarda dinámico en una compañía de ómnibus de una zona balnearia del litoral del país. Sus asuetos laborales se consumían plácidos al borde del mar o en las riberas de los arroyos que circundaban su pueblo natal.- En su rostro enjuto y tostado por el sol, brillaban dos pupilas vivaces, que se encendían aún más en el atisbo atento de la boya de su caña de pescar, o en la tensión de la chaura de su aparejo.

Era sábado veraniego y el barrio dormía la siesta perezosa y plácida de la tranquilidad lugareña, cuando Julio bajaba apresurado la pendiente que conducía a su casa.- Tenía en mente, el horario en que debía de reiniciar sus funciones de guarda al día siguiente y la fase en que estaría la luna esa noche. Como buen pescador sabía muy bien que esa noche era de luna llena y como guarda, que no tomaría su puesto en el ómnibus antes de las once horas del día siguiente; tenía pues tiempo suficiente para ir a pescar.- Tal idea acicateaba sus pasos largos y firmes, ágiles de rocas y riberas resbaladizas.- Llegó al baldío en que estaba la canchita de fútbol y pasó por la esquina que era reunión obligada de los muchachones del barrio.- Encontró sentados en los terrones cubiertos de gramilla que oficiaban de cordón de vereda, con los pies descansando en el fondo arenoso de la profunda cuneta que circundaba la calle de tierra, a dos de sus amigos: el Nene y el Gringo.- Se encontraban a la sombra del transparente que ornaba el frente de la vieja azotea esquinera, achi-

cando la tarde en comentarios del último partido de fútbol del campito.-

Desde unos pasos lanzó Julio su invitación para ir a pescar a la represa. Era ese un lugar en el arroyo a unos cinco kilómetros de allí, reputado como buen pesquero de tarariras y bagres.- El asentimiento fue tácito; salieron presurosos hacia sus casas a aprestar sus avíos y a remover en el jardín, allí donde se tiraba el agua, en busca de lombrices para carnadas de las mojarra.- La invitación circuló rápida por el barrio por medio del grito en voz al cuello y otros dos amigos: Rubén y Quico, se unieron a la tarea de buscar lombrices.-

Cuando los cuatro recorrieron la cuadra pedregosa en dirección a la casa de Julio, ya estaban en la vereda -pulida de bolitas y trompos- el farol a querosene, la tacuara y el cajón de pesca, que servía de pedestal a una calderita barrigona del tizne acumulado de mil pesquerías.-

El grupo se puso en marcha rumbo a la vía del ferrocarril, que con su camino de durmientes lo conduciría -bajo el fuerte sol y entre gráciles penachos de paja brava- al lugar elegido.- El camino se acortó de cuentos, de anécdotas que cada uno hacía emerger de su memoria y que festejaban todos, como protagonistas que habían sido de ellos. Mientras tanto, las hondas lanzaban sus proyectiles pétreos a cuanta ave se ponía a tiro y se llegó al pesquero cuando el sol estaba todavía alto.

Julio María no tenía apuro pero comenzó a preparar sus cosas; las piezas mayores no picaban antes del oscurecer y faltaba que se sacaran las mojarra que servirían de carnada a los peces grandes.-

El grupo estaba situado a la vera de una laguna amplia, de aspecto profundo, rodeada de un anillo de mataojos, sauces y ceibos.- Estaba bordeada de una pequeña barranca debajo de la que se mecían las hojas lanceoladas del camalote y salpicadas aquí y allá por sus flores violetas y amarillas.- Los camalotes entrábanse en el agua apenas un metro y un poco más adentro a los lados del pesquero, formando la dupla exigida como característica indispensable -según la opinión de Julio María -para que fuera buen pesquero- : barranquita y camalote.- Este se dedicó a juntar leña y encendió

el fuego en el que puso a calentar su negra calderita.- Con ese mismo fuego -mientras tomaba mate y pescaba- lanzaría volutas grises de humo sobre las nubes de mosquitos, que sedientos se lanzarían sobre los pescadores, en cuanto el crepúsculo llegara.- Preparó minuciosamente su tacuara, revisó su línea de tanza, repasó la punta de sus anzuelos, caló a la altura debida su gran boya blanca de ceibo, arrolló en sus ágiles dedos su largo aparejo de chaura, lo dejó a su lado y comenzó a matear.- El era pescador de piezas grandes -pensó- las mojarras ya las estaba sacando el Nene, que para eso era casi un especialista, tanto era así que en ocasiones su mote era “la piaba” - Quico y Rubén lo ayudaban en la pesca, mientras el Gringo preparaba su abrigo nocturno con lonetas que a ese efecto había traído.-

Se lanzaron las cañas al agua y laguna adentro los aparejos rompieron la quietud del agua atardecida, llevando en sus anzuelos, untadas de esperanzas las mojarras plateadas.

Los ojos de Julio María brillaban atentos, pendientes de la boya, mientras sus dedos sostenían sensibles su aparejo tenso.- Su mano derecha -mientras tanto- agregaba despacio leña y bosta seca al fuego, pues los mosquitos ya zumbaban en la quietud del crepúsculo.- “La pálida viajera” en el lenguaje de Julio- cuando se refería a la luna- rompía los primeros velos del horizonte del lado opuesto en que el sol había dejado de verse como una bola de fuego unos minutos antes.- La hora del pique había llegado. La boya de Rubén lo confirmó; en un cabeceo suave se dirigió hacia la orilla -signo evidente para los entendidos de que estaba picando un bagre -y pocos segundos después la caña de castilla se arqueó cuando la figura parduzca y brillante de un bagre salió del agua con su característico sonido ululante.- Después Quico, mediante un enérgico tirón aferró una tararira en su aparejo, que salió del agua arrastrando camalotes y quedó dando saltos que hacían sonar su cuerpo sobre el barranco hasta quedar inmóvil brillando de amarillento y parado a la luz lunar.

Y así sucesivamente, todos fueron cobrando sus presas, mientras los implementos de Julio María permanecían en el agua quietos, silenciosos...

La impaciencia acuciaba su vigilancia; había dejado el mate y la contrariedad se reflejaba en su rostro a pesar de que no quería demostrarlo.- Sacaba su caña del agua y revisaba si estaba encarnada; cambiaba por otras mojarra frescas y probaba su suerte tentando modificarla.- El tiempo transcurría y se desesperaba a pesar de que quería aparentar calma. Su voz dicharachera se había sumergido -como su caña- en el silencio.- Retiró su aparejo, lo volvió a encarnar nerviosamente y lo lanzó con la fuerza que da la rabia contenida, hacia la ribera opuesta de la laguna, que estaba en la penumbra, ya que la luz de la luna se quebraba en el monte de la orilla. Cayó la plomada con un ruido apagado por la distancia y se puso a aguardar -una vez más- el pique que hasta ese momento se le había mostrado esquivo. Ya se acercaba la hora del regreso y las bromas comenzaron a punzar el honor herido del que -hasta ese momento- no había pescado.- Su rabia contenida iba en aumento y las horas se deslizaban raudas para él.- De pronto, Julio María sintió que su aparejo se estremecía; el estremecimiento de la línea se prolongó en su cuerpo que se contrajo y se concentró aún más. Sentía por la chaura llegarle un movimiento suave, cauteloso, -sin duda se trataba de una tararira grande -pensó. Un tironcito...otro menor...y no esperó más.- Lanzó su brazo hacia atrás y la chaura zumbó en el agua al ponerse tensa por la resistencia del cuerpo al que quedó sujeta en el otro extremo.- Había aferrado!- Y era grande, de acuerdo a la resistencia que oponía al esfuerzo de recogerla.- Con su honor de pescador reivindicado, devolvió a sus compañeros las bromas recibidas, mientras sus brazos se movían rápidos recogiendo el aparejo y calculando que su presa sobrepasaría en tamaño a las de todos sus compañeros.- Se transformaba así de burlado en burlador.- Y obtuvo al final su inusitada presa! Pero no sabía Julio María que en su rabia -cuando había lanzado el aparejo- le había dado demasiada fuerza para el ancho de la laguna y sus anzuelos, tocando apenas el agua de la orilla opuesta habían salido de ella, quedando en la playita del barranco en penumbra.- Y cuando Julio María -lleno de gozo- recogió las últimas brazadas de su línea, la luz del farolito y la de la luna -al unísono iluminaron una figura felina inconfundible.- ¡Era el gato más mojado y furioso que jamás hubiere pisado las riberas de ese arroyo!



EL SUR

Elbio Ferrario

autor nacido en montevideo el 28 de diciembre de 1952

prisión: agosto de 1972 - marzo de 1985

*relato escrito en febrero de 1975 mientras permanecía
cumpliendo una sanción a rigor de 30 días en el penal de "libertad"*

En las tierras del SUR fue que sucedió todo esto.

El SUR es lugar de grandes ríos, grandes llanuras y grandes montañas.

También es lugar de grandes plantaciones. Trigo, maíz, arroz, café, cacao, caña de azúcar, remolacha, frutas, y muchas cosas más. De la caña y la remolacha se saca el azúcar, que nos sirve para endulzar las cosas amargas. También bebidas alcohólicas, como el ron y el aguardiente. El arroz se planta en las zonas de bañados y cerca de los ríos y lagunas, porque el arroz sin agua, sin mucha agua, no crece.

Con el cacao sabemos que se hace el chocolate.

Y son tierras de bosques y montes (que están llenos de madera que se utiliza para hacer casas, barcos, puentes, muebles, lápices y papel).

Es tradición, en las tierras del SUR, que para transportar los troncos, que son muy grandes y pesados, se utilice la corriente de los grandes ríos. Se echan cientos de troncos al agua que unidos forman las jangadas. Son islas flotantes de madera, de muchas cuadras de largo, que avanzan rápido río abajo. Sobre ellas va el jangadero que con un remo largo las lleva a su lejano puerto.

También se tira el café al agua, pero por otros motivos.

Son también tierras de ganado. Ganado son las vacas que tienen muchos colores. Vacas negras, blancas, rojas, grises, rosadas, azules. Algunas son manchadas y de colores combinados.

Dicen los abuelos que la leche se colorea levemente del color de la vaca.

Ganado son también las ovejas, y ganado son los caballos y los burritos. Hay lugares en que andan ñanduces, que no son ganado sino aves, pero que se mezclan con el ganado. También dicen los abuelos que de ellos se sacan los plumeros. Los ñanduces no son las únicas aves de estas tierras (nuestras tierras). En las márgenes de ríos y lagunas viven gran cantidad de aves. La garza blanca, la rosada, el biguá, el pato negro, el pato sirirí, el churrinche, el carao, la calandria, el jilguero, el cardenal, y muchas pero muchas más.

Sobre las tierras del SUR hay todo esto. Pero debajo hay más. Debajo están las minas.

Profundas excavaciones, galerías en las montañas, en las entrañas de la tierra. Minas de carbón, cobre, níquel, estaño, hierro. Todo esto y mucho más hay en las tierras del SUR.

Todo esto forma la GRAN ESTANCIA.

En el lugar más hermoso vive el Señor GRANDE.

El Señor GRANDE es el regente y el dueño CHICO de la GRAN ESTANCIA. Porque además están los OTROS, los dueños GRANDES, que son gente de lejos, de las tierras del NORTE. Los dueños GRANDES no se sabe muy bien quiénes son, pero todo el mundo sabe que existen.

El Señor GRANDE, por ser grande (aunque sea el dueño CHICO) vive a lo grande. Tiene grandes casas, de grandes habitaciones y grandes balcones (no olvidarse de las grandes piscinas).

Entre sus casas hay grandes avenidas bordeadas de flores.

Todo rodeado de palmeras.

Quando comenzaron los SUCESOS el Señor GRANDE era ya maduro, cincuentón. Su hija (única) muy jóven y hermosa tiene un nombre muy largo y difícil. Mercedesconciliadoracarlotajosefinadelablancatrinidad. Para hacerlo más fácil la llamaremos Carlota.

Así también la llamaba el Señor GRANDE.

- ¡Carlota, hija! ¿Quién es el más bueno del mundo?

- Tú, papá. ¿Y quién es la más linda del mundo?

- Tú, Carlota.

Al Señor GRANDE le gustaba mucho que su hija le dijera esto. Lo colmaba una dulce sensación, como si volara. Así pasaban horas.

- ¡Papá! ¿Quién es la más elegante del mundo?

- Tú, Carlota. ¿Y quién es el más generoso del mundo?

- Tú, papá.

Carlota es alta, de pelo violeta y largo. En aquel tiempo se vestía siempre de blanco y le gustaba vivir rodeada de perfumes como en un sueño (como en lo que era su idea de un sueño). Por alguna razón, no se sabe, le tenía pánico a los toros y a los caballos. El pelo se le tornaba verde y las uñas se le arrollaban. En general no le gustaban los animales. Se irritaba (pecas de color morado) cuando los veía. Por esto a los animales les estaba prohibido andar cerca de las grandes casas.

Por último diremos que Carlota tocaba el piano, hablaba varios idiomas y escribía poemas en francés.

El Señor GRANDE tenía un perro. Un perro grande, peludo y muy NEGRO. Recién había dejado de ser cachorro y el Señor GRANDE lo había criado y entrenado. Estaba preparado para la caza y el combate. No vivía en las grandes casas. Vivía alejado. El Señor GRANDE lo tenía siempre atado. Lo sacaba con una correa larga, y el perro NEGRO describía círculos en torno a su Señor. Los abuelos dicen que eran círculos mágicos.

NEGRO era el perro guardián. Porque en las tierras del SUR hay mucho que vigilar. Hay que vigilar las plantaciones, el ganado, los graneros, las grandes casas, las minas, los caminos, los puentes, los aserraderos, las fábricas. Es que los INDIECITOS a veces se ponen molestos.

Porque en las tierras del SUR también viven los INDIECITOS.

Ellos, que son muchos, son lo que trabajan en las plantaciones y cuidan el ganado. Son los que roturan la tierra con picos, palas y arados. Plantan la semilla, cosechan los frutos y almacenan los granos en los grandes graneros. Atienden al ganado en la época de la parición, lo llevan a pastar y a beber. Cuando vienen las sequías excavan profundos pozos y hacen brotar el agua de las profundidades. Hacen caminos, levantan las casas, bajan al fondo de las minas y extraen los coloridos minerales.

Los INDIECITOS, que son muchos, viven en las cañadas y cañadones, cerca de los arroyos y en los montecitos. Tienen casitas de lata muy chicas y pobres donde el viento se cuela por mil lugares. Sus nombres son sencillos. Pedro, María, José, Dolores, Ramón, Cristina. En las noches de frío, cuando tienen leña, encienden grandes fuegos, se sientan a su alrededor en círculos y cantan, conversan y bailan. Así se calientan los cuerpos y los sueños. Caminan por la orilla de los ríos, admiran a los pájaros, su color y su canción. Aman la tierra. Esa es su vida.

El problema es que para ellos siempre falta el grano, la leche, las papas, la leña, las cebollas, y todo. Para ellos, que son muchos, todo falta. Por más que trabajen siempre es igual.

A veces van a hablar con el Señor GRANDE

- Señor GRANDE
- precisamos harina
- y leña
- hace frío
- los niños precisan leche
- lloran
- también escuelas
- hay muchos enfermos
- también hospitales
- precisamos comida
- también casas

Al Señor G le molesta esto.

- La vida está difícil. Hay que ahorrar. Estamos estudiando los problemas. Hay que producir más. Cuando la torta crezca habrá más para todos.

Así los despide. Los INDIECITOS se marchan, pero ellos saben que los almacenes y galpones del Señor G están repletos de lo necesario para todos.

Sucede que esta es la forma en que el Señor G puede vivir a lo grande. Y que los OTROS, allá en el NORTE, pueden comprar el mundo.

Muchas veces van los INDIECITOS a hablar con el Señor G. Muchas veces oyen lo mismo.

- Paciencia. Ahorro. Iniciativa. Producir más. Paciencia. PACIENCIA.

Los INDIECITOS, que son muchos, siguen precisando trigo, arroz, leche, leña, abrigo, papas, carne, cebollas. En-

tonces suceden COSAS.

Sucede que algunos INDIECITOS toman lo que precisan

- grano de las plantaciones
- ovejas de las majadas
- fruta de los frutales
- vacas de los establos

Por eso el Señor G precisa a NEGRO. Para vigilar sus propiedades y asegurar el ORDEN.

Así pasa el tiempo.

Para Carlota el tiempo es de perfumes, fiestas, vestidos blancos, inglés, francés y alemán.

Para el Señor G el tiempo es de amplias avenidas rodeadas de flores, piscinas verdes, almacenes repletos y dinero (mucho) en los Bancos.

Para los INDIECITOS el tiempo es de trabajo en las cosechas, las minas, los tambos, las fábricas, los caminos. Y casitas pobres con frío y barrigas vacías.

Así pasa el tiempo. Y el tiempo empeora. Llegan años más malos que todos los años del tiempo malo. Todo escaseó más, y los almacenes del Señor G se volvieron más y más insaciables.

La temperatura bajó.

Vino el TIEMPO FRIO.

Los INDIECITOS fueron muchas veces más a hablar con el Señor G

- Señor GRANDE

- estamos cada vez peor
 - ya no tenemos harina
 - ni papas
 - ni arroz
 - ni carne
 - ni leña
 - ni leche para los niños
 - ni nada
 - hay muchos enfermos
 - llegó el invierno
 - hay que arreglar los techos
 - se llueven
 - se inundan
 - se caen
 - por favor Señor GRANDE
 - precisamos algo
 - aunque más no sea para los pequeños
- Y volvían una vez más
- Señor GRANDE
 - un poco de algo
 - calor

- abrigo
- ya no nos queda nada
- nada
- Y nada conseguían.
- ¿qué hacemos María?
- hay que hacer algo Manuel
- por lo pequeños
- por todos
- esto no va más
- tenemos derecho
- al calor
- a la leche
- al techo
- se acabó
- Señor GRANDE
- SE ACABO

Soplaron vientos fuertes. El cielo se puso de tormenta. La garza rosada levantó la cabeza y en la tierra los topos apresuraron su trabajo. Los caballos partieron al galope. Llovería.

Faltaron más granos de las plantaciones, ovejas de las majadas, frutas de los frutales, vacas de los establos. El Señor G y NEGRO vigilaban y corrían, pero seguía desapareciendo trigo de los trigales, leche de las lecheras, harina de los molinos, leña de los galpones. El Señor G preparó y entrenó aún más a NEGRO. Los colmillos le crecieron. Los ojos se le inyectaron en sangre. Su aspecto fue terrible.

Un día el Señor G le habló.

- NEGRO, hay muchos desórdenes. Los tiempos son muy difíciles. Ya no soy tan joven. Ya no puedo correr tras los revoltosos. Te he preparado y eres fuerte y ágil. Atado a mí no puedes hacer mucho. Te soltaré.

Y NEGRO fue soltado.

Pasaron días y no se tuvieron noticias de él. Más graneros se vaciaron y hubo derrumbes en las minas. Carlota, muy asustada, se encerró en su Palacio.

Al tiempo volvió NEGRO. La pelambre erizada. Los ojos como dos brazas encendidas.

- Señor, se necesitan más perros. Los campos son grandes y los indios están por todos lados. Hay mucho que vigilar.

El señor G trajo una gran cantidad de perros. NEGRO se marchó con ellos.

Pasaron días. Días y días hacen semanas. Semanas y semanas hacen meses.

Pasaron meses y el Señor G se alegró cuando vio que ya no desaparecían granos de los graneros, plantas de las plantaciones, ovejas de la majada, leche de las lecheras.

A Carlota se le fue el miedo. Abrió su Palacio. Para festejar organizó una gran fiesta. Encargó perfumes rarísimos de unas lejanas tierras de por allá, cruzando los mares. Fueron días de fiesta en las grandes casas. Se comió y se bebió como nunca. Carlota y el Señor G estaban radiantes, las mejillas verdes de dicha. Ya no había que temer.

Pero el cielo seguía gris. La calandria no cantaba. Relámpagos fugaces iluminaban el horizonte.

El Señor G encontró grandes destrozos en las plantaciones. Observó y vio que eran provocados por los perros negros que se comían las cosechas.

- ¡NEGRO!

NEGRO se acercó seguido de los demás perros. Parecían multiplicados. Su aspecto era más fiero. Los ojos se les habían achicado y la nariz se les había agrandado. Las bocas enormes y los colmillos acerados. Avanzaban en tropel. Eran mitad perros, mitad lobos. El Señor G sintió un frío en sus huesos. Algo parecido al miedo se le cruzó.

- ¿qué significa esto?

- significa que tu comida ya no nos alcanza. Hemos pensado. Queremos algunos cambios.

El Señor G creyó no haber oído bien.

- queremos sentarnos al lado tuyo en la mesa. Vamos a compartir tu comida, que es muy buena. Vamos a compartir tu mesa.

Sí, había oído bien. Se puso de todos los colores. Pensó que los perros estaban locos, tendría que terminar con ellos. Pero no, no podía, estaban los indios. Pensó que necesitaba a los perros. Tendría que adecuarse a los tiempos. Y los OTROS, los del NORTE, estaban de acuerdo. Recordó que fueron ellos los que un día le regalaron a NEGRO.

- está bien, pueden venir a la mesa.

Cuando Carlota se enteró se quiso morir. Ella que toda su vida le había tenido alergia a los animales. Ella, vestida siempre de blanco, siempre flotando en sus perfumes. Ella, tan hermosa, con su francés, inglés y alemán. Ella, tener que sentarse junto a los perros. ¡Qué horror!. Pataleó, lloró, rabió. Pero fue en vano. Por primera vez su padre la miró serio. ¿Y qué era ella sin su padre?. No era nada. Se resignó, se secó las lágrimas y bajó al comedor junto a los perros lobos.

Llegó así el tiempo en que los perros lobos se sentaron alrededor de la gran mesa junto al Señor G y Carlota. En el inmenso salón comieron y bebieron hasta saciarse. Sin que nadie dijera nada se quedaron a vivir en los ricos salones. Fue el tiempo en que los perros lobos organizaron grandes cacerías de INDIECITOS. Por las cañadas y cañadones, cerca de los arroyos y en los montecitos. Derribaron sus casas, chicas y pobres. Separaron padres e hijos, hermanos, novios y amigos. Todos conocieron la feroz crueldad de los perros lobos.

Fue el TIEMPO DE LOS LOBOS.

Cierta día, cuando estaban sentados alrededor de la gran mesa el Señor G observó que NEGRO miraba fijamente a Carlota.

El lobo bebió un vaso de vino, se relamió el hocico, chasqueó la lengua y habló.

- nosotros hemos salvado la civilización. Hemos logrado la seguridad en estas tierras, y hemos hecho posible que diamantes tan bonitos como Carlota sigan viviendo. Señor G, tenés una bonita hija que me gusta para esposa. Quiero casarme con tu hija.

Todos los lobos levantaron las orejas, y todos los ojos se fijaron en el Señor G. Carlota se puso marrón. G. levantó la cabeza y su rostro se reflejó en el gran espejo del comedor. La imagen era morada y ojerosa. Se dio cuenta de lo viejo que estaba.

- la cuidaré bien, y tú te harás viejito junto a nosotros.

Para el casamiento se organizó una fiesta descomunal. Fue una FIESTA NEGRA. Se trajeron los más ricos manjares y los mejores vinos de todo el mundo. Todos los lobos se acicalaron, se arreglaron las colas y se pusieron corbata. NEGRO se peinó a la gomina. Se trajo la mejor orquesta del Señor G. Mil violines, quinientos bombos, trecientas trompetas y cien clavicordios. Los lobos formaron en dos marciales hileras a los bordes de la más monumental avenida. La

pareja desfiló por el medio seguida de los padrinos y de la orquesta. Los clavicordios fueron montados sobre carros orugas. Los lobos aullaban al paso de los novios. Millares de cuervos se soltaron y con sus graznidos quebraron el aire. Luego todos penetraron en las mansiones y comenzó el baile.

Los salones estuvieron iluminados con enormes braseros, y en los techos se aglomeraron curiosos murciélagos. La orquesta tocó un vals y Carlota y NEGRO bailaron la primera pieza. Luego la novia bailó con su padre y con todos los presentes. La orquesta tocó un minué y el baile se generalizó. Los lobos revoleaban la cola y aullaban contentos. Hacia la media noche se sacrificó un gran toro negro. Se le cocinó en los grandes braseros con mucho ajo y pimienta. Todo al gusto de los lobos. Con la sangre se hicieron morcillas.

La fiesta duró un mes entero.

A partir de entonces todo fue tomando el color de los lobos. Todo se fue volviendo negro. Las mansiones se volvieron negras, Carlota se vistió de negro y sus perfumes fueron negros. El agua de las piscinas fue negra y las uñas se pusieron negras. Se colgaron tules y cortinas negras para oscurecer la luz, y el mismo día se puso negro.

Todo fue dominio de los lobos. Todo fue negro. Una gran noche cayó.

Hubo un gotear muy lento y luego fue el olor de la tierra mojada que penetró por las ventanas y perfumó los corredores. Los árboles se estremecieron, las hojas susurraron y en los techos cantó la lluvia.

- María, ¿cómo están los pequeños?

- bien, Santiago. Hoy conseguimos un poco de leche. El más pequeño estuvo algo enfermo, gripe sabés, pero ya mejoró.

-¿y los demás?

- el viejo Julián sigue con sus achaques, el reuma y la tos. Pero el pobre sigue marchando a la fábrica. Ramón y Marta se casaron y el chiquito Anselmo fue a trabajar lejos. ¿Y allá, por el monte, cómo andan?

- bien, María. Hoy salimos a buscar comestibles y algunos aprovechan a visitar sus familias. Sabés una cosa María? Nosotros somos como las abejas. Levantamos la colmena, recogemos el polen y fabricamos la miel. Ellos son como los zánganos, viven a costa nuestra. Sin nosotros no habría plantaciones, ni minas, ni aserraderos, ni caminos, ni casas, ni nada. Tenemos que sacudirnos a los zánganos de encima.

- sí, Santiago. Entonces ya no habrá barrigas vacías

- estaremos juntos

- hombro con hombro

- manos con manos

- labios con labios

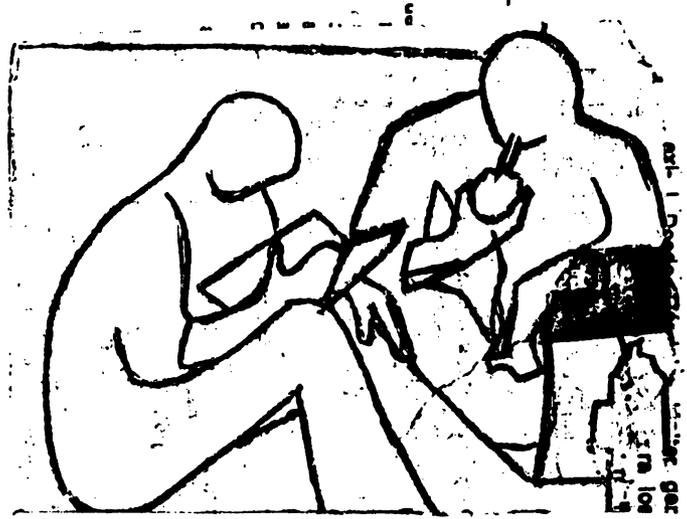
- lindos sueños cuando todo es negro

- no todo es negro

Es cierto, porque además están los INDIECITOS que son muchos y cada vez más. Sus corazones ardientes no son dominio de nadie. Sus sueños no tienen el olor de perfumes exóticos, sino el aroma de la tierra mojada. Sus nombres son sencillos. Trabajan las plantaciones, cuidan el ganado, bajan a las minas y van a las fábricas. Manuel, Julián y Ramón que roturan la tierra, plantan la semilla y recogen el grano. Pablo y Carmen que trabajan en el surco cortando la caña; Isabel y José que cuidan el ganado, ordeñan las lecheras y en el tiempo de la esquila cortan la lana de las ovejas. Mario, Diego, Javier y Dolores que bajan al fondo de las minas con el pico y la pala a extraer el carbón, el cobre, el estaño, el hierro y la plata. Pedro, María, Miguel, Lilián, Andrés, Luciana y Camilo que marchan a las fábricas día y noche.

Todos ellos son los INDIECITOS y viven en las cañadas y cañadones, cerca de los arroyos, en los barrios humildes y en los montecitos. Tienen casas muy chicas y pobres donde el viento se cuele por mil lugares, pero son la sal de la tierra, la luz del día, la alegría de la primavera, la vida misma.

Cuentan que los INDIECITOS rebeldes encendieron grandes fuegos en lo alto de los cerros y las montañas. La luz de esos fuegos iluminó y dio calor a todos los demás INDIECITOS. Fueron luceros del alba, estrellas del amanecer.



AL MEDIODIA CON ANTONIO

Angel Gonzalez

autor nacido en montevideo el 25 de junio de 1950

prisión: 29 de abril de 1974 - 7 de enero de 1985

relato escrito en 1985

Antonio debe de haber sido el más golpeado, durante trece años, día tras día se le persiguió, no se lo dejó dormir, se le hostigó hora a hora. Piensen lo difícil que es, que veinte veces por día un soldado, varios soldados abran la ventanilla de la celda, lo miren durante un minuto, cinco, diez y no le digan nada y eso día tras día, año tras año y siempre a cada hora la ventanilla que se abre y un soldado mirando fijo durante uno, cinco, diez minutos. Y luego las noches, la luz que se prende, la ventanilla que se abre y ahí está el soldado mirando, y cuando cierra, el golpe es tremendo, y de nuevo abre y de nuevo mira y vuelve a golpear y a los quince minutos la ventanilla se abre, la luz se prende y el soldado mira, luego de nuevo el golpe tremendo y eso noche tras noche durante trece años y eso hora tras hora en verano, en otoño, en invierno y en primavera y de nuevo el ciclo durante trece años.

Pero a veces el soldado habla, no se queda mirando a Antonio, a veces habla, y cuando habla sanciona, insulta, hiere. A veces el soldado habla y cuando habla grita, sanciona, insulta, hiere y le dice a Antonio que se mate y eso sucede día tras día, año tras año durante trece años. Y claro Antonio es humano, Antonio no puede resistir que durante trece años hora tras hora, día tras día, un soldado lo mire y no le hable y cuando le hable, le grite, lo sancione, lo insulte, lo hiera, lo invite al suicidio.

Claro, un día Antonio dijo no aguantó más y gritó, y rompió los vidrios y salió corriendo y se desahogó hasta que no le dieron más las fuerzas, entonces se quedó tranquilo. Y cuando se quedó tranquilo, vinieron los enfermeros, el médico, el siquiatra, los oficiales, le dieron una inyección, le pusieron un chaleco y lo llevaron a la isla. Porque para ellos, Antonio no fue que no aguantó más, sino que se hizo el loco y simular una enfermedad es motivo de sanción. Antonio estuvo dos meses en la isla, donde día tras día, hora tras hora, minutos a minuto, un soldado abría la ventana y lo miraba sin decirle nada, y a veces el soldado hablaba, y cuando hablaba, gritaba, insultaba, hería y le decía que tenía que matarse. Pasaron los dos meses y Antonio salió de la isla, pero como seguía sancionado por simular una enfermedad, no fue con los compañeros con quienes estaba, sino que lo pusieron en un mundo extraño para él. Donde no conocía a nadie, solo, en la última celda, con la ventana abierta y un soldado con una escopeta que lo miraba y no le decía nada. Pero a veces, el escopetero hablaba y cuando hablaba, gritaba, insultaba, hería y le decía que tenía que matarse y Antonio volvió a romper el vidrio, y en los temporales el agua entraba a raudales en la celda, Antonio no tenía ropa seca, pero Antonio no se daba cuenta. Fumaba y fumaba, día y noche, hora tras hora, fumaba y fumaba, pero sus manos no eran lo suficientemente firmes para armar un cigarrillo y entonces el piso quedaba tapizado de tabaco, Antonio fumaba y fumaba, y no se daba cuenta que el agua entraba y no tenía ropa seca. Antonio no conocía a nadie en ese piso. Todos los compañeros lo conocían pero no podían hablar con él, porque Antonio estaba sancionado, los que a veces hablaban con él, eran los soldados; cuando no lo miraban fijo sin decirle nada, y cuando hablaban gritaban, insultaban, herían y le decían que tenía que matarse. Un día Antonio cumplió parte de su sanción, entonces pudimos hablarle, una hora por día, pero cuando le hablábamos; no le gritábamos, no lo insultábamos, no le heríamos, le dábamos fuerza para vivir.

El tercer o cuarto día que Antonio pudo hablar con los compañeros, tuve la alegría de compartir el recreo con él. La alegría de hablar con el compañero y la angustia de sentirme impotente, para levantar con una hora de afecto tantos años de represión y hostigamiento.

Fue un recreo al mediodía, estaba frío y lluvioso. Recreo de deportes, lo que significa, caminar por el barro y a cada vuelta que se da a la cancha, el calzado se carga de tierra y pesa, y resbala sobre los charcos. Recreo de deportes, significa salir con ropa deportiva y ropa deportiva para Antonio es un calzoncillo largo tomado en la cintura con un alfiler de gancho, una camiseta La Aurora, un par de medias rotas y chancletas Sorpasso. Y todo eso mojado. Cuando vuelva a la celda, Antonio podrá ponerse otra ropa, pero para Antonio será la misma ropa con la sola diferencia que además de estar mojada, también estará embarrada y Antonio tendrá frío porque no tiene vidrio. Pero él no se dará cuenta que tiene su única ropa mojada y embarrada y seguirá fumando y regando el piso con tabaco cuando intente armar un cigarro. Ya estamos chapoteando con Antonio por el barro y yo intento acercarme diciéndole cómo me llamo. Pero Antonio está fumando y no habla, me mira de costado mientras camina y no habla. Y así damos una vuelta, mientras cargamos con barro nuestros pies y de pronto Antonio habla y me dice: “yo ví una ranita y la ranita saltaba y me miraba, ves ahí la ranita?, la ranita me mira”, y su voz es un quejido. Yo le digo que tengo una hija que se llama Carolina, y Antonio me contesta que la ranita no existe, pero que él la ve. “Está bien Antonio”, le respondo yo, “si sabés que la ranita no existe es un paso, te das cuenta de que estás enfermo”. “Sí, pero la ranita me mira y cuando estaba en la isla la ranita saltaba, se me ponía al lado y me miraba” y cuando esto dice casi llora. Yo trato de darle fuerza, soy conciente de que no sé cómo ayudarlo, de que con mis palabras puedo ayudarlo, pero también puedo hacerle daño, pero trato de acercarle afecto, de decirle cuánto lo queremos todos los compañeros. Y Antonio me contesta que él firmó 100 años de soledad, yo le digo que no, que no importa, que saldremos todos, y él me contesta que ve destellos luminosos, que está embrujado y de repente resopla, hace un gesto negativo con la cabeza y se queda callado. Damos otra vuelta, chapoteando por el barro, tiritando de frío, tratando de protegernos del viento. Vuelvo a tratar de ganarme su confianza, le pregunto por su familia, me contesta con ademanes negativos, sus ojos tienen una expresión cariñosa, me mira y vuelve a hablar y cuando habla dice, “yo soy un cagón, me ponen un cuchillo en la barriga y me cago todo”. “Pero no Antonio eso no es así,

vos has resistido siempre y además te juro, que si a mí me pusieran un cuchillo en la barriga también me cagaría”, razono, trato de razonar con él. Pero Antonio me dice que no le diga nombres que él es un flojo y que luego los repite, le digo que no, que de dónde sacó eso y él dice que el siquiatra hace lo que quiere con él. Yo le vuelvo a reafirmar que eso no es así, que siempre fue un compañero fuerte y respetado, pero Antonio me dice que no, que él ve una ranita que está ahí, “no ves la ranita?” me pregunta. Se cansa, nos sentamos, tira el cigarro, arma otro, se le rompe, se le cae el tabaco, vuelve a armar, lo prende y con gesto cansado me invita a seguir caminando. Me vuelve a decir que firmó 100 años de soledad, que no vale nada. Yo una vez más trato de razonar con él, de infundirle valor, trato de que se vuelva a sentir un ser humano, que se auto-respete, de hacerlo sentir querido por los compañeros, busco las palabras desde dentro de mi angustia, lo abrazo, se sonríe y me vuelve a decir que él no vale nada, que ve un milico y se caga, que está embrujado y me cuenta una vez más lo de la rana que lo mira, y a mí se me termina el recreo y me crece la angustia, porque intenté darle afecto a un compañero y no supe cómo hacerlo, y siento que estoy muy cansado, que estoy extenuado mentalmente, que necesito dormir por el esfuerzo y todo eso porque en esa hora sentí un poco más de cerca cómo hostigan a Antonio. Cuando Antonio vuelva a la celda, tendrá el mismo frío que en el recreo. Su ropa estará mojada, y si llueve se mojará más porque no tiene vidrio. Siempre a toda hora habrá un soldado que lo mirará y no le dirá nada y a veces el soldado hablará y cuando hable le va a gritar, lo va a insultar, lo va a herir, lo va a incitar a que se mate y eso lo hará cuando yo, tal vez, esté durmiendo por el esfuerzo de haber compartido un mediodía con Antonio.-



TROFEO “ESTADIO CENTENARIO”/1983

Miguel Angel Olivera

autor nacido en montevideo el 31 de marzo de 1943

prisión: mayo-diciembre de 1970 y junio de 1972-julio de 1984

relato escrito en el penal de “libertad” en mayo de 1983

Esas chifladuras que uno a veces tiene. Sobre todo si es sábado... Un día para todas las locuras: las luminosas y las no; para todos los placeres: los chantas y los tenebrosos; para todos los despiorres: los más o menos tolerables y los de órdago... Sábado. Chifladuras. Cosas. A mi me dio por ahí. Chanfliado desde la misma mañana: (primero, el mate frío -lo cebaba el viejo, no pude hacer ni siquiera una mueca de disgusto- después, el café con leche casi sin azúcar y pan de ayer -me lo sirvió la vieja, guambia con decir algo!-; a media mañana, un lío que empezó con mi hermana: que acompañáme al cine, que no, que sí, que te digo que no, que dale no seas malo, que no se me canta entendés!, que no le hablés así a Susana [papá], que no seas egoísta, Chumbo, acompañála [mamá], que no puedo, que tengo otros proyectos nocturnos y necesito apolar toda la tarde [yo], que a dónde irás a revolcarte toda la noche, eh!? [mi simpática hermanita], que no te metas en mis asuntos, tá? [yo], que a qué tanto secreto si todo se sabe, bobeta [la Susana], que eso es cuestión de hombres, Susana, dejálo tranquilo al botija [el veterano], que pero la nena no sale nunca, y una vez-que-consigue-entradas-gratis-no-se-pueden-desaprovechar [la veterana], que éso, éso! [la nena], que llévenla ustedes. No son tres las entradas? [el botija], que yo no, ya tengo en la Amsterdam mi sitio con los muchachos [papá, manya perdido], que nosotras solas no vamos a ir tan lejos [mamá], que no es en el culo del mundo, vieja es en el centro nomás [el jovato], que no le hablés así a tu esposa!, je jé [la chancleta], que buc-

no, que hagan lo que quieran pero no me escorchen más... a mi, el puchero me lo sirven a las 12 en punto, y punto [el viejo], que si el partido empieza a las 4, qué apuro tenés? [sua muglie], que empieza 3 y 1/2, además eso a vos no te importa, tengo que tomar unos vinos con los amigos antes de salir en el mionca [suo marido], que ya sabemos en qué termina ese fútbol y los vinitos: en una mamúa [la figlia], que no le hables así a tu padre! [la mia mamma], que bueno, pero que no somos esclavas tuyas, qué se cree! [la mia sorella], que basta de gastar pólvora en chimango, y a callarse todo el mundo, carajo!! [il mio padre], que un silencio de velorio [tutti cuanti].

Uno que abre El Día y lo ojea enfurruñado [papi]. Una, que se levanta hecha una chispa y se encierra en su cuarto dando un portazo [Susanita]. Otra que se mete en la cocina y arma barullo de bronca con los aluminios [mami]. Otro, que se aspirina dequerusa, gana la puerta y raja p'al boliche [un servidor].

En el bar continuó mi mala racha, como si hubiera pisado un sorete de perro. No estaba ninguno de la barra. Emilio se hallaba alunado y apenas contestó mi quéay. Pedí mi blanco y lo plantó en la cármica como con asco; tiró sobre el mostrador 6 platillitos miniatura con una miserable ración cada uno, a saber: 1) 4 aceitunas verdes arrugadas- 2) 11 manises salados y viejos- 3) 5 galletitas picantes y mohosas- 4) 6 papas fritas blandas y antiquísimas- 5) 3-tres!! ravioles fríos y grasientos- 6) 6 trozos de esos palillos de harina que no los banca ni jodete... Además que el vermú carecía de ese encanto bucólico de la cascarita de limón que faltaba, a causa de lo cual el contenido del vaso parecía querosén. Yo, acodado al mostrador, meditaba, analizaba, llegaba a conclusiones. Así que miré a Emilio y le dije: andácarar, con la mejor caripela de malevito que tenía a mano. Le dejé todo sin tocar en el estaño -en la cármica- y me arrimé a una mesa de truco. Cuando el Emilio se abobinó de mi desprecio insultante, me gritó: "y qué querías; ver a Caruso por dos riales?!" No le di de la que salta y entré a jumar las barajas en un giro redondo que me mandé como sonsiando. El Cacho, que hacía pareja con don Luis, dijo en voz alta: "a yirar al bulevar! aquí sobran los moscones..." Cref intuir que lo decía por mí. Se vé que estaba con bronca porque todavía andaba en las malas y la otra yunta ya tanteaba en dos buenas.

Me corrí hasta el fondo del bar y me senté en una mesa -en la silla, claro-. Miré por la ventana mugrienta y me sumí en introspección existencial. Sentía una opresión angustiante. Me estoy pudriendo, pensé. Eran las 11. En eso entró el Joaquín -primero los dientes, después el resto-. Bó, Ratón! vení sacáme de ésta -le hablé mientras le hacía señas para que viniera a sentarse conmigo. Qué querés? -me preguntó desconfiado. El Ratón era el punto de “La verbena”, nuestro café. Todos le meaban encima, menos yo. Por eso me apreciaba.

Sentate, pedí algo. Se sentó y pidió. Un sánguche de pan negro y una malta. Me querés arruinar?! le pregunté alar- mado. Es mi almuerzo; debo comer liviano porque esta noche tengo una pelea brava y no puedo excederme -sabés? Hablaba como un boxiandanga pero era ajedrecista (de los buenos, decían que un prodigio; de chico nomás ya le daba el mate pastor a cualquiera. Los de la barra no éramos rivales para él. Ahora campeonaba en su categoría.)

- Esta noche? me interesé.

- Sí, en el Club. Las clasificatorias para San Pablo...

- Vas bien?

- Tengo que liquidar a 3 bochos. Uno por semana. Y a principios de junio... Brasil conmigo! qué te parece Chumbo?-

- Bárbaro! pero ahora escucháme (asintió y se quedó mirándome) me tenés que hacer una pierna... (se mantuvo callado y yo seguí) A vos te gusta el cine, no? (sí) Y también te gusta mi hermana, verdá? (sí, claro, -se entusiasmó- pero ella...) ella es una zoqueta pillada, entendés, y necesita alguien como vos que le sacuda las telarañas del balero - le interrumpí.

- Pero ella ya me dio salida una vez, en el carnaval del 81...

- Eso fue hace mucho, ratón! ahora es diferente... está cambiada, más seria, más intelectual, más interesada en las cosas que valen... (Y así seguí dándole cuerda y coraje, animándolo, diciéndole que él era el tipo justo que mi hermana esperaba en esta etapa de su vida; ella, con sus 19 años pimpantes y todos sus abultamientos y delicias de esa edad que

parte-las-piedras, sus inquietudes filosóficas, sus modas librescas y sus pininos universitarios. Eso y más le dije a Joaquín. Le pinté futuros esplendorosos, apasionados, felices, pero lo que más le convenció fue el aspecto intelectual del negocio, máxime cuando le dije que la película que iban a ver era “Volver a empezar”, un estreno, reciente Oscar de Hollywood al mejor filme extranjero, de un director joven -Gárci- que narraba las perspectivas de la España post-franquista y el destape y etc. y etc.)

- Me cabe -dijo- leí todas las críticas de los diarios, parece muy buena.

- Como mi hermana, Joaquín! tan buena como ella... además vos junás del tema, no?

- Claro! lo arrugo... España es un pedazo de mi vida -afirmó con solemnidad- sabés que mi abuelo es catalán, y republicano a morir... y yo me crié entre toda esa salsa.

- Justamente. Yo pensé que vos te podías lucir con Susana dándole al piru-biru sobre el 36-39, el fratricidio, el destierro, todo eso... De paso no le vendría mal a mi vieja informarse de ese gran crimen del mundo.

- A tu madre...?

- Y...sí... porque tendrías que acompañar a las dos... Son 3 entradas y la vieja no sale nunca, pobre... entendés?

- Ah! pero vos te creés que voy a salir de variador por 18 con tu madre a la cola...?

- La cola que te debe importar es la de Susana, ratón, lo demás es decorado; hacé un esfuercito, dále, sacáme de este lío... Cargás con la vieja y te cargás a mi hermana, así de simple...

- Y vos... por qué no las llevás vos?

- Y yo nada. Necesito descansar esta tarde porque me espera una noche acrobática: un minún, divorciada y hambrienta de ternura... no le puedo fallar -chapás?-

- Y tu viejo?

- Con él no hay caso, se va al estadio. A la una ya no está en casa. Y con él no hay problema tampoco, es piolazo. Además

que te conoce... te aprecia... hasta te pone de ejemplo muchas veces: "vos tendrías que ser como Joaquín -me dice- estudioso, educado, tranquilo", así me dice cuando yo me mando una pifia o la quedo en algún examen. Y vos, brillante estudiante de Notariado facha no te falta, verba tampoco, embatás debute y algo de vento tenés... claro, está eso de los dientes, pero es un detalle...

- No me jodas con los dientes...!

- Fue una broma, Joaquín; te digo en serio, vos sos el tipo justo (y así continué, dale que dale, filo y contrafilo, mano por el lomo y manijazo, hasta que lo convencí al Ratón. Convencerlo me costó 1 hora, 3 de pan negro de jamón y queso, 2 maltas y mis 3 cañas con jerezano -no quise lola con el vermú-. Lo cierto es que dijo sí.) Esa me salió bien. Fue la única. Lo demás, -descontando mi encamada nocturna que resultó sublime- fue un tobogán de mala suerte, pista en bajada y enjabonada... Les cuento: quedamos con el Ratón en que pasaba a las 2 y 1/2 por casa a levantar la flota peliculera (culera? sí, bastante...). Así quedamos. Retorné a mi dulce hogar. Entre la sopa, la verdura, el pirón y la nerca del puchero, se lo plantié a las matronas. No hubo trancazo. Mamá no dijo ni fú ni fá. Susana dijo fú. Pero como la cosa era no perderse la película, tanto daba el Ratón como cualquier otro amigo mío que la acompañara.

Joaquín fue puntual y se las llevó al centro. Papá se había piantado a la virundela y al fútbol. Yo me acosté y dormí plácidamente con la conciencia mansita. Ahí empezó la cosa.

Primero, me despertó el bochinche de los vecinos. Paré la oreja. Era por la trifulca de los 23 minutos del 2° tiempo: los piñazos, las patadas, la montonera, las tarjetas rojas (el Nando, el Indio, Aguirregaray y el Hermes pa'fuera, a más de Bagnulo y Basílico que se habían entreverado). Iban cero a cero. Volví a dormirme.

Después me despertó otro griterío: el gol de Washington González en el 2° chico del alargue. Pensé en el viejo, se estaría mascando la gorra. Yo soy hincha de Defensor, así que ni frío ni caliente: tranqui. Seguí durmiendo.

La 3a. vez que me desperté fue por un ruido distinto. Parecido al que yo produciría esta cheno repetidamente con

la divorciada, pero asordinado, contenido, subrepticio. Sintonicé el oído y juné el reloj: crujidos y jadeos, y las 6 y 1/2(!). La hora venía del despertador en mi mesa de luz. Los jadeos y demás venían de la pared contra mi cama, del dormitorio de Susana. Estoy soñando -pensé-. Y bueno, quémeimporta!. Me tapé la cabeza con la almohada y proseguí el apople.

El siguiente despertar fue el definitivo. Venía de mi puerta en forma de golpes y palabras: toc-toc, mijo, ya son las 9. Vas a comer algo antes de salir? [la santa mama]; toc-toc, galancete, no hagas esperar a tu...señora amiga [mi hermana la putana]; toc-toc, dále Chumbo, así me ayudás a liquidar esta botella de grapa [el papo, con voz de haber perdido uno a cero]. Me levanté y fui al comedor. Mi hermana se pisaba la trompa de tan rabiosa. Mi madre rebanaba un matambre relleno hecho al mediodía. Mi padre, que recién había llegado, estaba hecho un trapo, entre cabrero y curda. Casi no se habló mientras morfamos. Todos evitábamos mirarnos o hacer alguna pregunta. El horno no estaba para bollos. Lastramos en silencio. Por ahí, Susana murmuró entre dientes y matambre algo así como: qué amigotes pesados que tenés, eh!. Mamá, con un suspiro profundo exhaló un comentario algo así como: qué horrible el drama de España. Papá dijo, hipando, algo así como: la putaqueloparió al Artemio Sención ése. Yo pensé en Joaquín y su partida de ajedrez, pero enseguida pensé en mi divorciada y mis propios jaques y en comerme a la dama... Después me bañé, me afeité, me empilché y me despedí de todos con un chau. Contestaron algo así como: No vuelvas muy tarde [mi vieja, protectora]; Tené cuidado con los ex-maridos celosos -je je [la putana, burlona]; Forza, Chumbo! hip! [il vecchio, mamado y canchero]. Salf a la noche.

Noche del 30 de abril. Sábado. Bocinazos tricolores supervivientes de la zarabanda de la tardecita. Yo. Faso. Triye. Parada. Bondi. Apartamento. Timbre. Divorciada. Cojinche...Allá por el 5° revolcón (eran las 6 de la mañana) volví a pensar en el Ratón, los crujidos y los jadeos. Pero casi de inmediato jadeaba yo, trincado por la quía. No pensé más. El resto del tiempo fui un émbolo implacable (Forza, Chumbo, recordé) y le seguí dando. La pinta se sentía feliz, ple-

na, saciada. Un brillo inconfundible le ardía en las pupilas.

Todavía le ardía cuando me llevó en su coche hasta la esquina de casa. Nos prometimos otra biaba para el jueves siguiente. Nos besamos y me bajé. Eran las 5 de la tarde del domingo. “La Verbena”, cerrado. El barrio, desierto. Enderecé al apacible hogar familiar. Con piernas inseguras, los rifones deshechos y unas ojeras por la barbilla entré en el lívin. La putana miraba estupidizada un dramón de T.V. La santa mama cebaba mate dulce y miraba también -menos estupidizada- la tele. Saludé con un hola. Me respondieron con un ssh! y la vieja me alcanzó un dulce como al descuido. Lo agarré. Estaba lavado -claro- (es lo que tiene el mate dulce, gil...). Me tumbé en un sofá vacío y pregunté: -Y el veterano? -Dejá escuchar! -dijo la putana.

-Fue al 1° de mayo -dijo la santa madrecita a media voz y sin dejar de observar la pantalla. Así quedamos como por media hora. Yo aguantando el cansancio y el ragú hasta que llegara el viejo y poder cenar y tirarme a apoliyar. De vez en cuando decía alguna pavada sobre la serial... Susana me hacía callar con una grosería. Mi madre me hacía callar con un mate dulce alcanzado de cotelete. Las dos imantadas al 23 pulgadas. Por fin acabó el bodrio y encendieron una lámpara cuando vino la tanda. Mi hermana se dio vuelta, me miró, y pegó un grito bien venenoso (uyyy! pero a este muchacho le han dado una paliza...!) fue en el mítin? pobre mártir de la lucha de clases...! Aunque se ve a la legua la clase de lucha que tuviste, Rasputín...!!)

La muy guasa... La mamma fue más crá; apenas me junó de soslayo, me calibró en un segundo y chapó todo. Fue a la cocina y volvió con un picadillo de salame y pan y un vaso de tinto.

- Andá haciendo boca hasta que venga tu padre y cenemos. Voy a poner el agua a calentar para el bañomaría de los tallarines de hoy. Se metió en la cocina. Yo, por decir algo que rompiera el hielo hostil que me separaba de Susana (por muy putana que fuese, después de todo es mi hermana...) y picado bastante por la curiosidad, le pregunté: Y qué tal la película, ché? -Buena, profunda -repondió- Y cómo se portó el Ratón? Se divirtieron? Mia sorella hizo un ademán muy

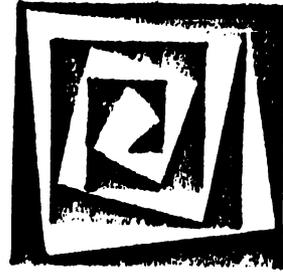
tano y despectivo y dijo: -Andá con ese plomo! se puso denso desde que salimos de casa: que el poder popular avasallado, que el atropello de los totalitarismos, que Azaña fue un vacilante, que la conspiración del silencio de las naciones llamadas democráticas, que la FAI, que Durruti, que la CNT, que la traición del POUM, que las tropelías del Quinto, que los errores del PC, que el millón de muertos, que la bestia parda, que la legión Cóndor, que el Ejército del Ebro, que la-mar-en-coche... Casi que no me dejaba ver la película -porque en el cine siguió con la perorata -un pesado tu amigo, así que le pedí que se corriera al lado de mamá, entonces pude ver al menos el resto de la película en paz...

- Tan plumazo te pareció Joaquín?

- Y sí, fijate que después, a la salida, siguió con la misma lata: que vieron lo que es un pueblo sojuzgado, que 40 años de oscurantismo, que ahora va a ser distinto, que la perseverancia de las masas, que el empuje de las vanguardias, que ufa, ché! hasta cuándo? -Me infló tanto que preferí quedarme de pasada en lo de Marisel a tomar el té. Un verdadero chasco el dientudo...!

- Sin embargo, a mí me pareció un muchacho excelente -dijo la santa viejecita asomándose desde la cocina. -Me explicó todo clarito lo de España; pobre gente, no? Y me acompañó hasta acá, como un caballero... Si vieras, Chumbo, lo bien que me hizo, y todo lo que me hizo comprender -agregó mamá. -Es un gran muchacho. Vos estabas durmiendo, mi-jo, y no quiso despertarte. Te dejó saludos...

Dijo eso y quedó ensimismada, como oyendo un ruido interior sólo audible para ella. Un brillo inconfundible le ardía en las pupilas a la santa viejita...



MIRADA-CRUZ-ESPIRALES

Daniel Scasso

*autor nacido en montevideo el 20 de setiembre de 1950
fallecido en su exilio en suecia (autoeliminación) el 30 de marzo de 1981
prisión: 1° de octubre de 1971-18 de noviembre de 1980
relato escrito en febrero de 1980*

Mirada azul en rostro barbudo y rojizo. Jarrón con dos girasoles en agua con olor a acuario.

Mirada azul mirando sus propios pies calzados con toscos zuecos de madera. Mirada azul trepando ahora por pared descascarada en la que el sol deja chorrear su luz.

Mirada azul ocultándose tras los párpados cansados. Dientes color tabaco apretando, mascando, hiriendo boquilla de pipa. Dedos-garfios, sarmentosos, cerrándose sobre sí mismos, en un puño grande, potente, vacío.

El almanaque: los meses, los días, que no se pueden contar, que no se pueden ver, que se vuelven borrosos en la atmósfera caliente de la mañana. Mirada azul no puede ver el almanaque y comprenderlo. El tiempo se mezcla en locos espirales de estrellas que huyen en la noche, o de lluvia que cae, que cae, que cae arremolinada sobre casas viejas de invisibles brujas góticas atisbando tras ventanas tapiadas.

Jarrón celeste con girasoles girando, zuecos torvos de madera salvaje, agua estancada en jarrón, agua silenciosa, oído acuático que escucha latidos apresurados de su corazón, que late, late, late.

Almanaque que no sirve. Tirarlo.

Mano de raíz arranca el almanaque. Lo rompe, lo desgaja. Flor blanca rota nenúfar flotando sobre marrón cálido del piso... Fumar ahora. Sí. Luego pasear, paseándose, de abajo arriba, de arriba abajo, por cuarto-celda de monje, por cuarto-cámara medieval de tormento.

Sí, pasearse y fumar, sin almanaques.

Pero ya no hay tabaco: es hora de maldecir. A dios, al mundo, a todo lo que se ama tanto, tanto. Maldecirlo en gutural idioma, que en esta tierra indiferente, nadie escucha ni entiende.

Un cuadro para Paul. Loco en rojo. Con campesinas bretonas al fondo. Sonríe. Loco rojo-Fou rouge. Loco en rojo, con arena amarilla y nubes mordiendo a sí mismas, blancas serpientes de algodón y humo. No, eso ya no sería de Paul, sería mío. Además el loco se movería para todos lados, como yo me muevo por dentro, como queriendo salir del cuadro a quemar el mundo. Porque el loco rojo sería—es—fuego vivo. Llama que se alimenta de sí, llama blanca, pura, enloquecida.

La mañana se acerca al mediodía, se vuelve más pesada, más tórrida.

Mirada azul se esconde tras palmas de sus manos. Ahora es todo negro con chispazos rojos, verdes, amarillos. Luego todo es negro sin chispazos. Definitivamente negro como las noches del hospicio. Noche. Aullido de los locos furiosos. Silencio de quienes habían comprendido que hablar ya no significaba nada en este mundo. Y allí como una bestia apaleada... Su amor. Su amor terrible, su amor por todo, por las paredes, por la mesa, por los pájaros, por los enfermos que se creían pájaros o lobos, y por el viejo caballete donde a veces, si podía, pintaba. Su amor: semilla de parábola. Aquella que caía en tierra estéril. Estéril, cristo, estérilcristo. ¡Oh, Cristo!

Monjas bogando de noche como negras barcas por corredores blancos con perfume de éter. Por corredores blancos, blancos, blancos, negras y monacales barcas, hasta el amanecer.

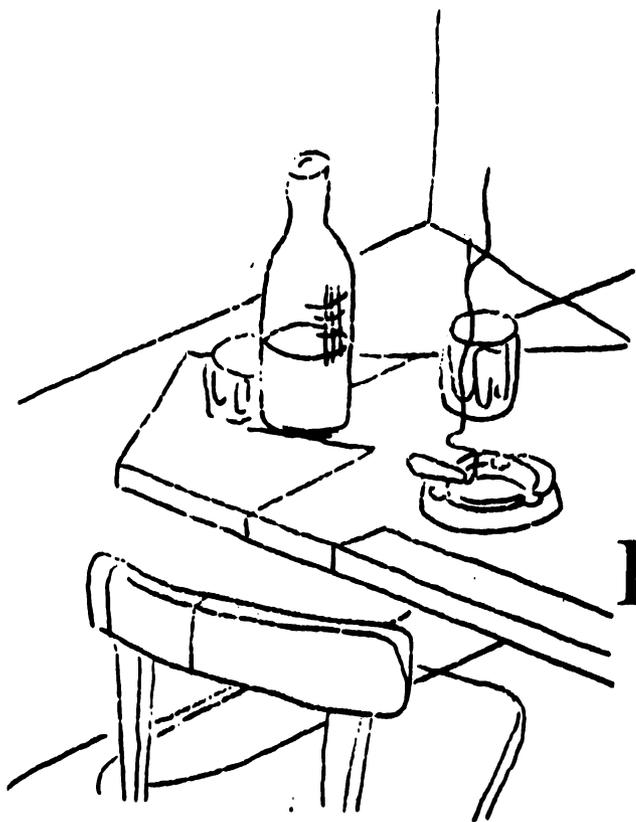
Y, ¿quién reía y reía en la noche? ¿Quién reía cuando su mano-raíz palpó la luna menguante de la navaja? ¿Quién reía y reía en medio de la soledad, cuando preparaba el sermón de la mañana, en las minas de hulla de Borinage? ¿De quién era la carcajada satánica que hacía al sol de Arlès más ardiente, más amarillo, más ojo que lo abarca todo? ¿Quién ríe siempre cuando todo va mal, y uno está solo, solo, con el sol en la cabeza, en las entrañas, con el sol a solas en una

playa desierta dorada desierta, con barcas rojas y verdes perdiéndose hacia el infinito? ¿Quién ríe ahora mismo, oculta-mente, malévolamente, como si estuviera escondido en algún lugar recóndito de uno mismo?

Mirada azul, mira. No ve a quien se ríe. Solo ve jarrón de loza con girasoles girando, camastro deshecho aún, espejo quebrado donde se quiebra, y rectángulo azul en la ventana. Mirada azul en rectángulo azul, y allá plano contra cielo plano, el sol es un túnel de fuego, un abismo de infierno, un camino hacia la cruz que hay que transitar. Abre la puerta. Ahora camina por un camino rosa bordeado de verdiazules cipreses. El cielo es celeste. El cielo es turquesa. El cielo es violeta. El cielo es rosa, es rojo. Es turquesa de nuevo, y a los costados ya no hay cipreses verdiazules, hay olas de oro, ondas, volutas, espirales de trigo retorcido.

Surgiendo del suelo como la barba rubia del gigante de la tierra. Y todo gira, se distorsiona, y el cielo se acerca azul... Alguien ríe. Ríe, ríe, ríe. Figuras negras, garras negras, tinteros derramándose en el aire. Cornejas que se hunden al cielo desde el trigal, y desde el cielo bajan a robarle sus ojos, a quedarse con su mirada azul. Entonces será la noche. ¡La noche, no! Todo menos la noche con sus monjas navegando en blancos laberintos de hospicio. Arriba el sol es una boca aurisangrienta que quiere devorarlo. Y él está solo. ¿Dónde está Paul? Solo, como cuando la mano tomó la navaja.

¿Dónde está el dulce y serio hermano Theo? Solo, como cuando su oreja se transformó en un despojo, en un signo. ¿Dónde está el Dr. Gachet? Solo, como cuando llevó su oreja a aquella muchacha, como un niño triste que llorando acude a su madre. ¿Dónde está aquella muchacha? Aquella que no comprendió que la oreja cortada era el signo del amor y del dolor. Un signo trazado en el camino del Hombre. Comed de mi carne, bebed de mi sangre. ¿Dónde están, dónde se han ido todos? Padre me haz... Las cornejas ríen... abandonado. Las cornejas ríen, el sol lo reclama. ¡Fou rouge! ¡Fou rouge! dicen las cornejas. El metal toca su piel. Es frío. Es una llave para abrir la puerta del túnel del sol, y luego allí recorrer la última etapa de su ígneo vía cruxis. Suena un golpe. Es el martillo golpeando el clavo que atraviesa su vida y llega hasta su cruz. Van Gogh se hunde lentamente en la marea dorada del trigal. Mirada azul que se apaga.



PRIMER PREMIO

Iris Scavo

autor nacido en montevideo el 15 de febrero de 1929

prisión: junio de 1972-junio de 1979

relato escrito en el penal de "libertad" en 1973

*Para Silvia y Lil
quienes merecen algo mejor.
Papá.*

No es que estemos enemistados; más bien nos evitamos. O mejor dicho, lo evito. En realidad se ha creado una situación muy especial entre nosotros. No la llamaría violenta, pero sí al menos tensa. Y más que nada, te reitero, de parte mía pues el pobre Soria ni sé cómo la interpretará. Además, para explicártelo resulta tan difícil, sobre todo si pretendo, como es lógico, que me creas. Porque hasta yo que intervine, muchas veces llego a preguntarme hasta dónde mi imaginación puede haber deformado los recuerdos. Entonces pienso que se precisaría otro para contarlo, alguien que no lo creyera, aún, pero que supiera hacerlo, usar las palabras, quizás las mismas pero de otra forma, de esa endiablada forma que sabía Andreoli, quien no sólo las iba hilvanando y pausando hasta hacerlas verdad sino que además las intercalaba con sus toques de humor que sobrevivieron tantas crisis familiares y sus clásicas “cinqueadas” que a veces buscábamos, igual que él, como refugio y tantas otras reprobábamos sabiendo que ellas no eran más que una defensa contra sus propias contradicciones nacidas de un miedo antiguo, un miedo cuya cronicidad él evitó, porque nunca quiso enfrentar, prefiriendo saltar a esa otra espiral paralela al miedo, así como los ciclistas de antes por salvar un pozo caían con las ruedas de su máquina en los rieles del tranvía y así, huyendo cada vez más de lo que él sabía como final y que no era más que el miedo al miedo, transitó, ya sin remedio en un cinismo que fue hasta la muerte su cómplice ya que no su compañero. Podría también hacerlo el Dr. Lemez, sobre todo si fuera el Lemez de antes, el de los primeros años en Camacuá, el de antes de la llegada de Bengochea. Porque además él conoció muchos detalles. Pero seguramente en este momento estoy pensando más en un Lemez testigo que en un na-

rrador, en el narrador que esto necesitaría.

Todo comenzó hace un par de años, a lo sumo tres, cuando lo internaron a Soria o para ser más preciso, un poco antes, cuando éste empezó con los primeros síntomas de su enfermedad. Yo nunca supe bien qué fue lo que tuvo. - Ves? aquí ya nos empieza a hacer falta Lemez, aunque creo haberle oído en el Club, que ni él ni el especialista que vino de Montevideo llegaron a saber nunca concretamente qué había tenido. - Sí. - Ahora lo recuerdo bien. Una noche estábamos en una mesa, -gofó-, con el Agrimensor y el Juez Lemez nos dijo: “Se curó sin que hayamos sabido qué tuvo. Sólo una necropsia y aquí casi instintivamente su mirada buscó la del Juez como si el uso de un lenguaje esotérico les limitara la conversación -nos hubiera aclarado el panorama. - Pero no sé cómo, ni tampoco lo supo el Profesor, Soria mejoró hasta su curación. De modo que nos quedamos sin la “necro” y sin “diagnóstico”. A todo ello su rostro, o tal vez fue mi incapacidad para apreciarlo, no dejó traslucir el más mínimo gesto, una mínima mueca que corroborara esa sensación de frustración, de conocimiento incompleto, de curiosidad médica sí, pero curiosidad insatisfecha que en cambio daban a entender voz y palabras.

Pero después de todo, ahora, para esto que te cuento, el diagnóstico es lo de menos. Por otra parte sobraron en el pueblo, como en tantos otros casos, aunque tal vez no con tanta intensidad, como sobraron conjeturas cuando se fue la mujer de Andreoli, como cuando Bottasso se mató en la Laguna, como cuando el Turquito se casó con la hija de Andrada. Entonces, con ingenuidad o con resentimiento, con afán de adivinación o de no ser menos, con ganas o sin ellas hubo un momento en que peluquerías, salas de espera, recreos de maestras, pausas del té en la oficina, patio de la Intendencia y sobre todo el Club, las noches de Club en sus mesas de Rummy y de gofo eran invadidas por el tema obligado de la enfermedad de Soria y su progresivo deterioro, su inexorable avance y por supuesto, el diagnóstico que cada uno se creyó obligado a aventurar: “Es un cáncer. Yo tuve a mi tío...” “Dicen que tomaba mucho”, lo cual por otra parte bien sabes que no era cierto. “Qué quiere que le diga. Siempre fue un tipo raro. Ud. alguna vez le conoció mujer?” Opinión

que traslucía el despecho de más de una soltera “Parece que el padre era sifilítico y ya un hermano suyo, allá en la campaña de Salto, murió de algo parecido”, “Es un neurótico”, “Qué quiere que le diga; no es que yo crea, pero si fuera familiar mío lo llevaba a lo de Doña Francisca” “Ah, no! yo lo haría ver en Montevideo quesondeestán todos los recursos”, “Dicen que en la frontera hay un médico muy bueno, parece que es un profesor que se vino corrido por el gobierno”. Y así el tema Soria, como lo hubiera sido cualquier otro, empujado por el ocio pueblerino, terminaba en otro tan distinto como podía ser la acupuntura, los éxitos de las curanderas, el ascenso económico del médico nuevo que se hizo cartel combatiendo a aquéllas en busca de clientela y asimilando muchas de sus formas de tratar al enfermo, el nuevo largo de la pollera, la pedrea a la última conferencia comunista, la situación política de América y del Mundo, el reciente triunfo de Estudiantes sobre Bristol, la pinta del nuevo Inspector de Escuelas. En fin, resultaba imprevisible. O no. Si nos ateníamos al círculo donde el tema circulaba, sucedía como con los electrones del átomo. El tema Soria era una órbita secundaria, pero terminada la excitación, con su energía normal el electrón, bueno ahora el tema, volvía a caer en su órbita principal. Y aquí en Camacuá todos sabemos en cual giramos.

El hecho es que con diagnóstico o sin él le costó mucho más de un año año y medio yo había calculado y él me lo confirmó después -de los cuales más de la mitad pasó internado en el hospital en una de esas piecitas que tiene para aquellos enfermos que pueden pagarse la estadía. Yo lo visité siempre y por eso seguramente es que más se nota ahora esta situación. Sobre todo cuando estaba en el hospital, donde aquella soledad, ya conocida de él, parecía que iba llenando esos pocos tres por dos, que iba creciendo, alimentándose de ella misma y que, visita a visita, daba la impresión de que terminaría apretándolo contra alguna de aquellas blancas paredes. Iba, al principio, cada tanto; para serte sincero, cuando me acordaba me daba una vuelta por allí y charlábamos largo y tendido, mucho más que antes de que cayera enfermo. No disimulaba su ansia de conversación. Pero cuando lo dejaba me quedaba siempre la misma sensación unida también a su deterioro físico que parecía, cada vez, haber llegado al límite. Hasta que no pude más quedarme sin ir a ver-

lo. Porque si algún domingo dejé de hacerlo, estuve atormentado por la visión de un Soria arrinconado, reducido a su mínimo volumen, protegiéndose de una soledad maciza que lo ahogaba. Así, naturalmente, sin proponérmelo, ni mucho menos sin que él me lo pidiera, ni siquiera insinuara, mis domingos fueron cambiando al Bristol por Soria. Sin que mediara una voluntad, mía o suya, como brotan los paraísos en primavera. Y a medida que éste, nuestro paraíso se iba cubriendo de hojas, la soledad se iba retirando, a igual ritmo, imperceptible pero ininterrumpidamente hasta que un día, cuando nos dimos cuenta, estaba tan pequeña y sola que se fue.

También después Soria empezó a mejorar. Y no es que crea que las visitas influyeron en esto último; pienso que simplemente coincidió.

Nuestras conversaciones eran caleidoscópicas; con unas pocas piedras y unos espejos la cantidad de figuras es infinita. Nuestras pocas piedras eran, también, siempre las mismas; la pesca, el Bristol, el teatro que no podíamos ver y nuestro "hobby" común: la fotografía. Soria era buen fotógrafo aficionado. Mucho mejor que yo, desde luego. Siempre tuvo algo para enseñarme, una nueva técnica, un tipo de revelado, un proceso de viraje, el último recurso para salvar una pifia. Por eso el tema era infaltable en nuestros domingos de hospital. En uno de ellos me habló de un rollo olvidado. Mejor dicho postergado. Era de la época en que ya lo había empezado a ganar la astenia, la cual fue el primer síntoma y seguramente por eso -aunque ahora ya ni estoy seguro si fue por eso- lo fue dejando para procesar más adelante, para otro día que tuviera más ánimo, supongo, ahora digo. Después en una de esas tardes de visita se lamentaba porque tenía en él varias tomas de un grupo de las cuales pensó siempre que saldría una gran foto, esa que se intuye porque al ver la escena, los ojos, instantánea e instintivamente, se transforman en objetivos. Siempre creyó tener allí su Primer Premio en algún concurso. Y cuando me lo describía, ya no sus ojos sino sus labios y mis oídos se convertían en los más pulidos, ávidos, fieles, sensibles lentes. Aún a riesgo de que pierda muchos detalles como en toda copia de segunda mano intentaré describírtela. Se trataba de tres monjitas que encontrara con sus hábitos negros sentadas en uno de los tan-

tos bancos que acostumbra haber en el frente de las casas del pueblo. El sol ya muy inclinado proyectaba sus sombras sobre la pared clara de la casa lo cual daba un oportunísimo contraste a sus tocas blancas, inmaculadas, que prestaban a su vez sus propios brillos y las sombras de sus pliegues.

Primeramente les tiró algunas desde lejos, con el tele, tratando de asegurarlas, como el boxeador que busca salir ganando con un primer golpe. Luego se arrimó y se animó a conversar con ellas. Me lo imagino al acercarse, eligiendo cada paso, extrayendo, luego, desde el fondo de su timidez, hasta con dolor casi, cada palabra, cada gesto, algo que pudiera parecerse a una sonrisa, hasta obtener ahora con nuevos ángulos el convencimiento de tener ya el Primer Premio. Sí; pero todo esto había quedado sin revelar, encerrado en algún cajón. Estuve a punto de ofrecerme para terminarlo, pero algo, que no alcancé a saber entonces ni aún ahora, timidez acaso, temor de echar a perder una cosa tan valiosa para él, prurito de no quererle robar una parte de ese Primer Premio o tal vez todo junto, fue lo que me detuvo. Después y hasta hoy me felicité de no haberlo hecho.

En otra de las ocasiones que volvimos sobre el tema debí, otra vez, frenar mi proposición. Fue cuando me confié que para él la fotografía ya estaba terminada, que no volvería a ella y que lamentaba dejar ese rollo y sobre todo esas imágenes perdidas definitivamente entre la gelatina, condenadas a una muerte no prevista y a su entierro argéntico. Cuando mejorara -y en esos momentos nadie, salvo él desde luego que nunca dudó, creía en su recuperación -en todo caso trataría de hacer cine. "Si puedo; si no, pesca, bochas, ludo, que sé yo, pero foto no va más. Estoy saturado de imágenes fijas, de esta foto única" dijo señalando la sola pequeña ventana de su habitación, "del patio del hospital". Y allí, otra vez no sé si las mismas razones u otras, me cerraron la boca. Esto fue unos pocos meses antes de que Soria defraudara a tanta gente; a Lemez en primer lugar dejándolo sin necropsia y sin diagnóstico, pero también a muchos otros. Al gordo de la pompa fúnebre, a aquellos que les interesaba su casa, su negocio, a quienes habían aventurado, jugando a ganar, el pronóstico de una muerte a breve plazo. Fue cuando Soria, convencido y obstinado, fue corriendo a esa enferme-

dad que sólo él conoció.

Luego, su convalecencia fue relativamente rápida comparada con lo prolongado del mal y fue, aunque lentamente, reintegrándose a sus actividades. Al mes de salir de alta ya empezó a ir al escritorio y poco a poco, midiendo cada paso, fue haciéndose cargo del mismo. Poco después reaparecía por el Club; sábados de tarde, domingos. Se iba, siempre, antes del anochecer

Un domingo al mediodía, cuando ya salía, me pidió que fuera por su casa. "Necesito tus servicios". Quedé verdaderamente intrigado. Esa tarde en el fútbol, más de una vez los gritos y aplausos me trasladaron desde aquella solicitud de servicios a alguna genialidad de la delantera del Bristol, ese día en plena exquisitez, que me había perdido. Pero a pesar de toda la curiosidad, pudo más la rutina dominguera de Camacuá y así mi intención de visitarlo se fue diluyendo en la Sede luego del partido y en el cine de la noche.

Aquella mezcla de pedido-intriga-invitación me volvió el lunes de tarde cuando me llamó por teléfono a la Cooperativa. Y esta vez sí, terminado el trabajo fue sólo aprontar el mate y llegarme hasta su casa. Lo encontré revisando unas hojas que apresuradamente ocultó sin ninguna intención de disimularlo. No te diría que aquel gesto me chocó pero tampoco me resultó muy agradable. Él se dio cuenta y sin alterarse, dejándome la sensación de que todo, o casi todo, porque lo que resultó después no estaba en el plan, formaba parte de un libreto, de un guión donde cada movimiento, cada palabra, cada gesto ya había sido previsto, hasta ese pequeño giro de su mano aún huesuda para bajar el volumen de Alejandro Nevsky que salía del tocadiscos. Y su adelantarse a mi pensamiento: "No quiero que las veas, todavía. Justamente fue por esto que te pedí que vinieras. Si tenés tiempo. Si no lo dejamos para mañana o pasado". Pero en todo, desde la mirada a la voz, había una urgencia que no cabía en aquel "si tenés tiempo" esforzado en busca de una naturalidad que no alcanzó.

"Hoy mismo, -apuré en contestar- tenemos toda la noche y este cachito de día que nos queda. - Tomás un amargo?"

- No, gracias. No he vuelto a tomar desde que me enfermé. Y quedó dudando, buscando una primera palabra, por única vez, me pareció que con dificultad, porque tal vez aquel amargo no figuraba en su libreto o -después también lo pensé- la que sí estaba prevista era la duda, como si hubiera tenido que ir a rastrearla también junto con ese último mate hasta donde hubieran quedado, mate y palabra, más atrás de su enfermedad.

Te dije una vez, hace unos meses, creo, que no pensaba volver a la fotografía, descolgó de pronto y sentí que la frase, efectivamente, caía desde un pasado. Y no pienses que he cambiado de planes. Quedé callado, con la vista fija en la carpeta que había dejado sobre la mesa. Hubo un silencio de esos que no se miden en longitud sino en profundidad, en el cual desaparecieron hasta los caballos teutónicos sobre el hielo. Sólo oía, o tal vez sólo adivinara o supusiera, el fluir verde en la bombilla, hasta que agregó: "Pero tenía que ver el Primer Premio. Fue entonces que una tarde después de haberme dicho muchas otras que no, fui hasta el laboratorio y encontré el rollo. Me resistía a tomarlo porque cuando lo ví supe que una vez que lo sintiera en las manos no iba a poder resistirme. Aunque sabía que en cierta forma era como si me estuviera haciendo trampas al solitario, porque también, ya antes, era conciente de que una vez que lo viera no tendría la voluntad suficiente para aguantarme. Pero igual, frente a él, dudé. No sé cuánto estuve parado así hasta que la fuerza y rabia con que cerró el cajón me dieron, ahora ya definitivamente, la seguridad de que al otro día volvería. Y así fue, repetidamente, hasta que el viernes, como te estarás imaginando, me rendí. Preparé reactivos, casi con dolor cargué el tanque. O tal vez haya sido con placer. Al final..."

Dejó la frase inconclusa porque ya había rescatado, con un movimiento que formaba parte de esa secuencia que, aún preparada resultó natural, un trozo de película que al mismo tiempo me la iba alcanzando en esa forma tan característica que ya lleva implícita por su ritmo, el giro del brazo que la acerca, más algo que se pone en la mirada, ansiedad e interrogación o ansiosa interrogación, la invitación a observarla y más que nada la búsqueda de una complicidad.

Fui repasando uno a uno esos cuadros con una retina que el recuerdo predisponía para las tres monjitas, pero allí ví

unos claroscuros, evidentemente de la Laguna, tres tomas del cerro y otras tantas del mismo pero bien filtradas y luego una serie de siete donde un conjunto de manchas indescifrables no dejaban ni siquiera adivinar motivos, defectos, absolutamente nada. Quedé con la tira suspendida, tanto como la palabra, sin llegar a preguntar o mejor dicho lo debo haber hecho y él así leído en mis ojos pues casi enseguida, con una sonrisa preocupada dijo: “Efectivamente, no están. Corresponderían a esas siete últimas. Llevo tres días preguntándome qué puede haber sucedido. Te lo adelanto para que no lo hagas vos.”

No será debido... -y a esta altura ya me dí cuenta de que mi apresurada intervención no tenía fundamento, pero ya iba en la bajada de la frase y me costó detenerme- a la vejez de la película. Aunque, añadí corrigiéndome, en ese mismo caso estarían las otras que, al menos así, parecen estar perfectas. Hiciste copias de todas maneras?

Me contestó con otro cuadro del guión, pasándome un montón de hojas manchadas, desde luego correspondientes a los extraños negativos. Bajé los brazos, fotográficamente hablando. Lo lamentaba por el Primer Premio de Soria, pero además me dejaba con la desazón de no poder explicar el raro fenómeno. La alta técnica de Soria eliminaba de mis cálculos la posibilidad de alguna chamboneada. Salvo que su enfermedad ya comenzara a mostrarse allí, entonces, en alguna forma de obnubilación o falta de reflejos. Cuando recordé las palabras con que me había invitado, buscando una salida para esa situación inexplicable en que me había sumergido, me ví empujado a decirle:

A esta altura no tengo la menor idea de cuáles son los servicios que necesitas de mí. Si es por ésto -dije alcanzándole las copias- no le veo vuelta.

El comenzó a volver todo a la carpeta y mientras lo hacía iba hablando: “Es que todavía hay algo más. Concretamente, hay más fotos. Como te decía, hace tres días que estoy tratando de hallarle solución o explicación a esto y me resulta imposible pensar en otra cosa. Y de tanto darle vuelta ayer recordé que aquel día, como habrás visto, con estas tomas terminé el rollo. Pero lo que no sabes ni yo recordaba es que volví a cargar la cámara y de ese nuevo rollo debo te-

ner tres o cuatro tomas más. Eso está aún así, a medio uso.- Me explicó al mismo tiempo que me daba la Canon con una mezcla de orgullo y temor, como una madre alcanza su primer bebé a una hermana soltera e instintivamente miró el contador que marcaba el número catorce como si con ello buscara la certificación de que, realmente, las monjitas estaban allí.

Hubo una pausa para reponer el agua del termo y mientras lo hacía, por tercera vez pensé -o tal vez ahora intuí- que yo iba a tener algo que ver en todo esto que ya era para nosotros, no la foto en sí sino todo, desde la enfermedad hasta las manchas, el Primer Premio. “Lo cierto es que no me animo a meterle el diente yo solo. Por eso te pedí ayuda”, aunque creo que más que eso lo que me reclamaba era la compañía frente a la posibilidad de una nueva decepción.

Y nos pusimos a trabajar. preparamos nuevo revelador, luego de buscar el de más contraste de los que figuraban en nuestro manual y nos dispusimos. El resultado fue terminante: unos hermosos negativos, pero en los tres primeros se repitió aquel cuadro amargo, en cierto modo armónico, pero fotográficamente nada. En cambio él estaba realmente encarnizado, no se rendía y por el contrario, cada fracaso lo excitaba más. Buscaba, probaba procedimientos, hacía nuevas copias, aclaraba, viraba sin lograr nada. En el mejor de los casos tres manchas informes que pudieran haber agrado a algún fanático de lo abstracto. Pero a cada desánimo mío él oponía su confiado “estoy seguro de que atrás de eso hay algo. Tengo -ahora ya no decía tenemos, quizás aceptando inconcientemente mi retiro de la lucha- que encontrar la forma de destaparlas” y como si fuera una continuación de la frase, comenzaba un nuevo intento. Hasta que me (un “me” en las palabras, fruto de una cortesía que transformó un “se”) propuse hacer una técnica de bromogrado. Yo la había leído, como siempre a instancias suyas, hacía mucho tiempo. Te explico a grandes rasgos que se trata de obtener esas fotos, que seguramente habrás visto, en la cuales se ha eliminado los grises y solamente queda blanco y negro. Yo nunca la había practicado, aunque no era difícil pero esta vez volví a acompañarlo. Cuando sumergimos aquel papel ennegrecido, casi alquitranado, en el debilitador, lentamente empezaron a aparecer algunas formas. Primero las tres manchas

que, progresivamente, se fueron convirtiendo en tres montones de rayas o bandas, como extrañas jaulas y por fin quedó aquella cuya existencia, ya no me cabía duda, Soria presentfa aún sin saberlo ni imaginarlo siquiera. A partir de esa primera, con el nuevo estímulo, comenzamos una tarea sin pausas, retomamos los viejos negativos, variamos los tiempos, preparamos nuevos reactivos, cambiamos las diluciones hasta que por fin nos quedamos sin papel. Con pocas variantes siempre obtuvimos lo mismo: aquellos como positivos de radiografías de tres cuerpos humanos sentados, con un ligero mateado alrededor sobre todo de los cráneos, como un halo, por lo menos en algunas de ellas. Y eso es todo. Porque los comentarios que pudieron ser muchos, ninguno de los dos nos animamos a empezarlos pues aquello no tenía explicación o porque no se la encontrábamos y porque además de desbordados estábamos excitados, demasiado para sentir sueño pero en cambio, eso sí, cansados por aquella tarea intensa en la cual se nos había ido la noche.

- Y esta es la historia si así puede llamársele y comprendo que no pueda exigirte que la creas porque yo mismo, al recordarla ahora, he pensado cuánto le podrá haber ido agregando mi imaginación en cada nuevo recuerdo.

Guerrero no arriesgó ningún juicio. Se refugió en una sonrisa donde no logré ver incredulidad, se limitó a agregar:

- De modo que te quedaste sin verle las caritas a las monjas. Ni siquiera sabes si alguna de ellas era linda.

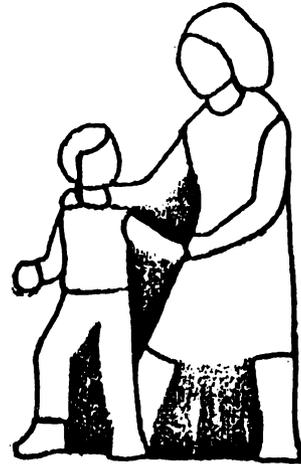
- Bueno, en cierto modo tienes razón, pero sólo en cierto modo, ya que eso él ya me lo había dicho. Que eran tres caras muy bonitas, sobre todo una -y en eso verás que no mentía- que era la maestra del Asilo.

Guerrero no pudo disimular su asombro:

- Cuál? la que iba en el avión que cayó en el Atlántico con toda una delegación de religiosas hace como un año?

- Esa misma. Pero de esto, es decir de ese accidente, él no sabe nada y por otra parte ni pienso decírselo. Te das cuenta por qué lo estoy evitando?

Cruzábamos la plaza y en silencioso acuerdo nos dirigimos al Club. Buscamos una mesa apartada del gofo y del billar. Dos grappas dobles con jerezano. Los dos pedimos lo mismo. Los dos teníamos sed. Los dos, sin decírnoslo, lo bus-



EL PUERTITO

Carlos Alberto Tutzó

autor nacido en montevideo en diciembre de 1951

prisión: junio de 1977-julio de 1983

relato escrito en noviembre de 1977

en el cuartel del 4° de caballerta (montevideo)

(a Héctor Castagnetto)

El calor se amortigua a la sombra de los paraísos.

Beto y Rubén, las cañas al hombro y los barcos en un balde, caminan cuesta abajo por Luis Lamas, mientras conversan animadamente pese al sopor de la tarde. Beto, 12 años, pequeño, una remera azul destefida por mil lluvias y soles veraniegos, vaqueros remendados y algo semejante a un par de zapatos en los pies. Rubén, 11 años, más alto, similar indumentaria, menos un detalle, en vez de zapatos, chancletas. Los dos alumnos díscolos y poco aplicados de liceo y escuela respectivamente. Viven uno frente a otro y están unidos por gustos y necesidades comunes: recorren “campitos” a la búsqueda de maderas, plásticos, chapas, etc., útiles necesarios para sus barcos; comparten el cambio y lectura de revistas (Batman, El Tony, Superman) y el frente común contra los ataques del “Colorado” Miguel y el gordo Menini, agresivos pero poco hábiles; y por algo también común: un sinfín de preguntas sin respuestas.

Bajan por 26 de Marzo, a esa altura con pocos árboles. El calor aprieta. Por fin cruzan la rambla y contemplan el objetivo de su marcha: el puerto del Buceo - el “puertito”- y cruzan bajo los tamarises de la playita, pisan pasto y arena, contemplan el espectáculo varias veces visto pero que no cansa. Por un lado, la gente tomando sol, gritos de vóleybol. Por otro lado, su obra y la naturaleza: una chalana varada en la costa; otras durmiendo la siesta acunadas por las pe-

queñas olas, entre las bordas y mástiles de los barcos mayores; a la izquierda, una mancha de transparentes tapa un rancho en el declive, con un inmenso cartel arriba. En la rambla, las lujosas viviendas, a la derecha el Yacht Club, los ranchos de lata de los pescadores, y el ombú de la canchita, delante del Besódromo.

- Mirá esa gorda! qué lo tiró!

- Dónde?

- Allá, al lado del de “traje de baño” azul.

- Pahh!!...

Siguen a las fisas. Bordean la costa saltando de roca en roca, mientras golpea duro el sol, cae a pique sobre las aguas, quebrándose en millones de trocitos dorados y rebotando en los barcos y los cuerpos sudados de los pescadores. Una línea de basura marca la última marea, pastos, una roncadera semipodrida y deshecha, frutas viejas e hinchadas, preservativos, juncos, una botella, un envase champoo y ¡oh milagro! una cabeza degollada de muñeca asoma entre un inidentificable objeto plástico, y un montón de viejos mejillones (y una pluma de paloma) manchado todo de pagajoso y negro petróleo.

Levantán piedras buscando cangrejos, sobre todo “sopitas” -los de caparazón recién cambiada- ideales como carnada.

- Viste? el porteño se fue... -el yate argentino de chinchorro colgado de un aparejo, ayer hormigueaba de gente. Empavesado de banderines multicolores.

- Sí, ¿vamos al muelle?

- Vamos.

Una gaviota cerrando en ángulo sus alas blancas y negras posa las rojas patas sobre la resaca. Grazna, escarba y alza vuelo con el pico lleno.

En short ya y en el muelle grande, las cañas, se tienden sobre el agua, con su nylon y boyas de tapón de corcho. Cuando 3 ó 4 roncaderas se endurecen al sol, de ojos abiertos y ya hace rato que no pican Rubén dice: -¿Vamos al agua?- toma carrera y corriendo a lo ancho del muelle, sin esperar respuesta, salta por sobre la amarra de los grandes barcos de pesca y se hunde en la no muy clara agua que lindera el muelle. Atrás se zambulle Beto. Nadan y juegan un rato, olvidados de la pesca, después se secan al sol en la cubierta de un lanchón escorado y semihundido. Cubiertos de una leve capa blanquecina salinosa se dirigen a la aduana de Oribe, dando toda la vuelta. El viento sopla del este, de Malvín. Llegan y se quedan un rato mirando lejos; el aerocarril de Malvín, el museo oceanográfico, cuya aguja pincha el cielo azul (un dorado y brillante contraste), y un velero con las velas infladas de brisa viene haciendo bordadas, mientras entra levemente inclinado, por entre los dos muelles. Se tiran al agua y botan sus naves: galeras de rama de palma, vela cuadrada y una fila de remos para estabilidad. Vuelven. Desde la orilla, caminando, les siguen el paso. El trecho es largo, dos o tres cuerdas, y a veces se les pierden en un reflejo, o en la oquedad de una ola. La costa de piedras, arena y arbustos hace difícil y cansadora la caminata. Cuando todavía no llegan a la playita, ya las galeras llegaron a la otra orilla, al lado del caño. Al final de la jornada las irán a buscar de camino a sus casas. El calor y el muellecito deshabitado por los pescadores, llaman a otro baño. Una corrida y dos zambullidas coronan de ruido y espuma el agua mansa, y ahí sí, clara.

- “¡A ver quién aguanta más! -y se sumergen. Al emerger resoplan fuerte escupiéndose agua y chapoteando.

Ya están por salir, al rato, con las manos arrugadas por el agua, cuando:

- “¡Mirá una pelota!- dice Rubén.

- “¡A qué te gano!- y los dos nadan hacia ella, que se desliza de ola en ola hacia la playa.

Buenos nadadores, rápidos, amigos por conocimiento del agua, se acercan al unísono brazada por brazada, patada por patada, tensos los músculos, llegan espumosos y alegres...

- Pero... no es una pelota...

- ¿Qué? ¿qué es?

Las olas con su movimiento rítmico, acunante y trágico mueven macabramente, como si suspendido danzara dentro de ellas, el cuerpo pequeñito, al que corresponde la cabeza que flota...

- ¿Cómo..., cómo se ahogó?

- No puede ser, la madre...

... Y de repente, asombrada, como si no quisiera abrirse paso en sus cabezas, se filtra trabajosamente la idea (¿por qué? ¿por qué?... sí, ¿por qué no nació?).

Sin tocarlo lo llevan empujando el agua hasta un pequeño recodo de clara arena, donde con un diario viejo, amarillento y sin letras, al que nadie lee ya, lo sacan del agua.

Azul, formados ya diminutos dedos en los piecitos y los puñitos apretados, como queriendo golpear a aquellos a quienes sus ojos cerrados acusan sin ver.

Una vez enterrado, en silencio, marcando el lugar, le ponen una s flores silvestres en un gesto mezcla de ternura y rabia por lo que pudo ser.

El sol -gigantesco chupa-chupa de naranja- se disuelve lentamente en el mar mientras tiñe todo lo que toca y alarga las sombras de pastos, barcos, y hombres. Beto y Rubén caminan tras sus sombras, callados, luego de retirar sus barcos de la orilla. Yá ni ellos, ni el puertito son los de antes. Ni siquiera la antigua alegría adolescente. Muchas preguntas llevan en la mente. Algunas, esta noche tendrán respuesta al interrogarse a sí mismos. Las otras, en el tiempo; porque hoy y cuando las encuentren, estará muriendo la adolescencia.

Indice

LO QUE QUEDA	Alzugarat, Alfredo
	<i>página 10</i>
EL VIAJANTE	Bralich, Jorge
	<i>página 17</i>
EL ASTRONOMO	Bralich, Jorge
	<i>página 21</i>
MANHATTAN TANGO	Conteris, Híber
	<i>página 24</i>
JUGANDO	Estefanell, Marcelo
	<i>página 42</i>
EL RIFLE	Fernández Rapetti, Carlos
	<i>página 54</i>
PESQUERIAS	Fernández Rapetti, Carlos
	<i>página 58</i>
EL SUR	Ferrario, Elbio
	<i>página 62</i>
AL MEDIODIA CON ANTONIO	González, Angel
	<i>página 77</i>

